

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 25 DE JUNIO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Glosas

GLOSA DEL MOLINO DE VIENTO.

VUELA. Ten alas. Pero alas ligadas a la tierra y a los deberes de la tierra, como tiene el molino.

Este hombre, para llegar aquí, ha atravesado un ancho país de molinos grises. Piensa así (imaginero de mirar penetrante): Un molino de viento es un aeroplano que está cautivo.

¡Cuánta sensibilidad! El menor soplo le estremece... ¡Cuán trágico además! Los dos brazos que se levantan... ¡Cuán honda inquietud! Aquel estridido, aquel largo interminable clamar al cielo...

Pero, en el fondo del dolor, la norma.—¡Trabaja, trabaja, molino! Hay que hacer un poco de harina para el pan de los hombres.

LA SANTA CONTINUACION.

BERNARDO Palissy, patrón de los buenos artesanos, buscó por años y lustros el secreto de las antiguas porcelanas de China. Empezó gastando, en aventureras investigaciones, toda su fortuna; a su lado, los suyos gimieron de hambre. Un día hubo de instalar en su propia casa un horno cerámico; el descubrimiento parecía entonces inminente; había dado el buscador, tras de pruebas harto difíciles, con una pasta cuya composición se aproximaba sin duda a lo deseado. En el momento de la cocción, el horno construido sin habilidad por manos demasiado impacientes, se vino al suelo. Ardió el humilde refugio familiar; todo el techo se consumía. Los vecinos acercáronse al día siguiente a preguntarle a Bernardo Palissy qué pensaba hacer. Bernardo Palissy contestó que pensaba seguir buscando el secreto de la porcelana de China.

Sí; Bernardo Palissy era un hombre. En verdad, sólo merece tan noble dictado quien, plenamente y con toda el alma, sabe continuar. La *Santa Continuación* no es tanto para la humanidad, un nimbo como un signo.

Recordemos siempre las definiciones de Kierkegaard: «Quien se entusiasma sin continuar, diletante. Quien continúa sin entusiasmo, filisteo. Hombre, únicamente lo será quien continúe con entusiasmo renovado cada día».

¿Diletante, el del entusiasmo sin continuación? Peor: mico. Rudyard Kipling nos cuenta, de los monos de su «Jungla», que son tan inteligentes; lo que les falta es la memoria. Por esa falta no han progresado. Imaginan grandes empresas; tras de la primera jornada de esfuerzos, ni rastro de recuerdo ya... A veces, el clan ha acordado: «Allá, en la cumbre, construiremos una habitación». Adhesión unánime, agitado fervor, manos a la obra. Y el procurarse troncos y arrancarlos, y el acarreo, y la brava fatiga. La noche, en lo alto; el bien ganado reposo. A la siguiente mañana, total olvido. No alcanzan a explicarse por qué razón se encuentran ellos en tal lugar. Ni se lo preguntan siquiera, ocupadas mente y actividad por algún nuevo designio.

Lo cierto es que cada día conocemos mayor número de monos. Así resulta que, paralelamente, preciamos en más cada día a los Bernardo Palissy.

UNAS NOCHES QUE NOS RECUERDAN OTROS DIAS.

¡QUÉ mundo, qué gentes, los que conocemos en estas *Noches* de Paul Morand—en el «*Ouvert*», como en el «*Fermé*»—, limitadas hasta hoy a una docenilla, pero que no hay inconveniente—quiero decir inconveniente literario—en que las veamos llegar hasta mil y una!

Especialmente, en «*La nuit de Charlotembourg*», tan Berlín, tan tras-guerra... ¿Tan Berlín, tan tras-guerra? Una primera impresión nos lleva, en efecto, a figurarnos que, sólo allí y en nuestra hora de ruptura moral profunda, la inteligencia podía presentarse devorándose a sí misma, con tamaña crueldad. La flora de la corrupción ha reunido y mezclado en esas cortas páginas—como en una rebotica, mejor que como en un museo—desde el decadente enervamiento del nenúfar elegante hasta el veneno mohoso del hongo grotesco. Y no podemos evitar que nuestra imaginación relacione esa antología, en su enfermedad suntuosidad, con los millones de cadáveres que durante años interminables se han ido pudriendo en los campos de batalla del centro de Europa.

Sin embargo, aquella primer impresión puede ser errónea. ¿Son bien nuevos, después de todo, el espectáculo y farsa, a cuya presencia nos llevan las errabundas curiosidades del coleccionista de noches? Aquella cámara de decoración mística y perversa; aquellos viveros de reptiles vivos; aquellos paraísos artificiales entreverados de fisiología nauseabunda, ¿no los habremos conocido ya en alguna parte? ¿Ciertos rincones del Berlín de 1922 no recordarán ciertos rincones de la Niza de 1898? Los documentos de Paul Morand, ¿no se parecerán—traducidos a estilo más inteligente y menos impuro—a los documentos, ya olvidados, del pobre Jean Lorrain...?

El recuerdo tiene razón; también la tenía la impresión primera. Es que 1922 y 1898 se han parecido mucho. Es que «la tras-guerra» y el «Fin de siglo» significan, para la sensibilidad europea, una misma cosa. Guerra y tras-guerra *han interrumpido*, como en paréntesis lamentable, la obra del

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Novecientos; han sido algo así como una *recalda* en el siglo XIX.

El ideal de la complicación y del lujo, ideal propio de éste, y cuyas lógicas consecuencias extremas caracterizan las noches de Paul Morand, como caracterizaron los días de Jean Lorrain, aparecía ya vigorosamente combatido hace diez años; empezaba a caducar; rechazábanle las mejores conciencias. Un ideal de sencillez y de sobriedad le substituía poco a poco, en la vida como en el arte.

Hemos vuelto atrás. Estamos donde estábamos... Quiere decirse que hay que volver a empezar.

Por esto nos amparamos de la imagen humilde y útil del buen molino. Por esto invocamos a Bernardo Palissy. Y así tienen tanta importancia para nosotros las prédicas y el ejemplario de la *Santa Continuación*.

EUGENIO D'ORS

(A. B. C. Madrid).

FILOSOFICULA

El talismán de la dicha

Las leyendas orientales decían que el anillo de Salomón era el talismán de la dicha. Pero Salomón había sido sepultado con su anillo, durante la edad fabulosa, en las Islas del Diamante, cuya ubicación nadie conocía.

Un príncipe mongebrino, propúsose, no obstante, dar con ellas y apoderarse del talismán precioso; a cuyo fin equipó una caravana maravillosa, vistió armas únicas en el mundo conocido, y se fué por las comarcas. Donde había tierra, andaba a caballo y en camello; donde le atajaba el mar, estaba ya provista una bella flota.

Al cabo de cincuenta años de peregrinación, el príncipe, montado en el último asno de su caravana concluída, sin más recursos que su última moneda, asegurada en el último pliegue sano de su ropa, y contando por único alimento para su último diente, el último dátíl de la última palmera que vió tres meses antes al entrar en aquel desierto—pues se hallaba en un desierto que no era sino el fondo del antiguo mar de las Islas del Diamante—el príncipe llegó a la tumba de Salomón, vió el cadáver gigantesco en el sarcófago de diamante, y previas las conjuraciones de la seguridad, extrajo del dedo formidable el anillo que da la dominación de todos los espíritus en el aire, en el agua, en la tierra y en el fuego, y lo pasó a su índice ya rugoso por la vejez y por la sabiduría de las cosas tocadas para experimentar.

Y sobre el pecho del cadáver había una chapa de cobre, en la cual estaba escrito:

«Oh, tú, el audaz que ha llegado:

»Sabe que este anillo es el talismán de la dicha.

»Cuanto lo sea para ti, lo obtendrás con poseerlo y pedirlo en el silencio de tu intención.

»Pero lo que es verdaderamente la dicha nadie puede decirlo, ni dar tampoco el nombre de la dicha, porque

ella es inefable y nadie sabrá nombrarla.

»Goza, pues, de tu tesoro, oh, tú, el audaz que ha llegado».

—¿Qué puede ser la dicha para mí, dijo el príncipe contemplando su cuerpo envejecido y su joya mágica, sino la juventud?

Y el príncipe pidió la juventud.

Pero cuando obtuvo aquel bien y lo hubo gozado un año entero, el príncipe dió en pensar: «¿No será, acaso, otra cosa la dicha?»

Entonces pidió el dominio de los hombres.

Mas cuando lo hubo gozado, la misma duda volvió a presentarse en él: ¿No sería, acaso, otra cosa la dicha?

Entonces pidió el amor de la mujer.

Y cuando tuvo el amor y siguió dudando, pidió el secreto de las cosas extraordinarias, la magia blanca y la negra, los tesoros fantásticos, el don de profecía, la fe de todas las religiones, la satisfacción de todos los raciocinios, el aroma de todas las virtudes.

Entonces, como siguiera dudando, pidió el dolor de la enfermedad, el

lamento de la miseria, la ignominia de los vicios vergonzosos, la injusticia sobre su cabeza y en torno suyo; por último, el aislamiento de los hombres, desgracia horrible entre todas, hasta hallarse de nuevo en la espantosa soledad de la Isla del Diamante, junto al cadáver colosal de Salomón.

Y allá todavía, agotadas ya todas las penas y todas las satisfacciones, todos los desengaños y todas las esperanzas, todos los vicios y todas las virtudes, pensaba siempre sin duda: ¿No será, acaso, otra cosa la dicha?...

Su espíritu vaciló entre dos soluciones extremas: demandar la muerte como postrer recurso, o devolver al rey muerto su talismán potente; pero antes de adoptar parecer ninguno, ocurriósele, en la propia distracción de su perplejidad, volver del otro lado el pectoral de cobre que adornaba a la estupenda momia.

También de ese lado había letras, donde el príncipe pudo leer:

«Oh, tú, el infeliz que regresaste.

»Para ser dichoso, no hay más que afrontar el secreto de la muerte. Pídela si quieres.

»Mas, para no ser desdichado, basta alcanzar con dificultad las satisfacciones de la vida.

»Si eliges lo primero, acuéstate en la tumba de diamante como Salomón, que así lo prefirió; si lo segundo, vuelve el anillo al dedo del cadáver».

Habiendo gustado ya las delicias del poderío, el príncipe vacilaba en devolver el talismán; pero el secreto de la muerte le horrorizaba.

La presencia de la momia augusta, que aun conservaba olor de sabiduría, fuéle serenando, no obstante.

Con lo cual, reintegrándose de nuevo a la cordura y a la humildad, decidió simplemente no ser desdichado...

LEOPOLDO LUGONES

(Crisol. Buenos Aires).

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que *«abon* todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA

La farsa del Pan-americanismo

México y los Estados Unidos

A imitación del Vaticano con los herejes, Washington excomulga con la declaración de «no reconocimiento» a los gobiernos de América que no son de sus simpatías. La Casa Blanca sabe que tal procedimiento equivale a la declaración de su deseo de que una revolución termine con el Gobierno *non grato*. La medicina, al menos en cuanto al grupo de naciones del Centro, ha sido siempre eficaz.

En el caso actual de México, la receta ha fallado: ya sea porque el Gobierno de Obregón haya mantenido a la fuerza la paz, ya porque un nuevo estado de conciencia cívica haya hecho ver al pueblo mexicano la necesidad y conveniencia de acabar con las revoluciones.

Por una razón u otra, la excomunión de Obregón ha sido más perjudicial a Washington que a México, porque éste, sintiéndose hostilizado por Harding y libre de las cortesías internacionales que el reconocimiento impone, dedicó toda su actividad oficial y extra-oficial a una tremenda campaña dirigida a explicar a las naciones del mundo, pero especialmente a las de América, la naturaleza de sus problemas nacionales, y los motivos de su resistencia a obtener un reconocimiento al precio que Washington imponía. Es claro que una nación tan mal tratada como México de parte de los Estados Unidos, no desperdició la oportunidad para combatir, basándose en su propia y dura experiencia, el famoso Pan-americanismo, y para exaltar, en cambio, las excelencias del Hispano-Americanismo. Así las cosas, vino el Quinto Congreso Pan-americano, que llevaba todas las trasas de ser una nueva farsa; y cuando México dió a conocer al mundo las razones que tenía para no asistir a él, el descontento en América fué general.

Es indudable que en tal lucha los Estados Unidos han llevado la peor parte, porque al propio tiempo

han hecho recordar su actuación en Cuba, en Santo Domingo, en Haití, en Nicaragua, en Panamá, etc., y en resumen, han revelado que el Pan-americanismo es una gran farsa.

El llamado *Pan-americanismo* no es una doctrina, ni siquiera Escuela Americana. Es una aspiración de algunos ciudadanos de los Estados Unidos, que se dirige, según unos a contrarrestar el avance del Hispano-americanismo, y según otros, a combatir en los mismos Estados Unidos, las tendencias Imperialistas del Gobierno

de Washington, que lo hacen odioso a América.

Nos inclinamos a creer lo último, porque es lo cierto que los Gobiernos de Washington, excepto, y con reservas, el Gobierno de Wilson, no hacen más que combatir con sus actos las aspiraciones pan-americanistas de algunos estaudinienses. Los sud-americanos no hemos podido entender todavía quiénes son, ni dónde están los apóstoles de este pan-americanismo. El hombre de los Estados Unidos que más se acercó al alma latina fué Wilson, y el hombre más combatido en los Estados Unidos, fué y es Wilson.

¿Qué pan-americanismo es ese que no se opone a la intervención en Cuba, en Santo Domingo, en Haití, en Nicaragua, en Panamá, etc.; que aprisiona a los pueblos en sus grandes crisis con las cadenas de su oro; que es generador de odios y revoluciones; que es ave de presa?

EL QUINTO CONGRESO PAN-AMERICANO.

EL Quinto Congreso Pan-americano fué un fracaso más, según el sentir general, para el pan-americanismo. El programa de dicha Conferencia, elaborado y condimentado en Washington, con la pasividad cándida o calculada de los diplomáticos latino-americanos, así permitía esperarlo. Lo que lo salvó, no del fracaso, sino del ridículo, fué la inesperada solidaridad de las Repúblicas del Caribe para sostener, en principio, la proposición de Costa Rica, dirigida a modificar la organización interna de la Oficina Pan-americana; y esto que la proposición no podía ser más inocente.

Lo que Costa Rica pretendía era que las Repúblicas Americanas tuvieran dos representaciones en los Estados Unidos: una diplomática ante el Gobierno, y otra extra-oficial ante aquella Oficina; pero la proposición no pasó en su forma original, porque Washington se opuso. En cambio, se llegó a una transacción, mediante la cual el Secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos dejará de ser, como hasta ahora, el Presidente vitalicio de la Oficina; y la nación americana, como

La fiesta del árbol



Hoy



Ayer

(Excelsior, México, D. F.)

Por GARCÍA CABRAL.

México, con Gobierno no reconocido por la Casa Blanca, conservará el derecho de tener siempre una representación ante dicha Oficina, que, dicen, ha llegado a tener (suponemos que para los Estados Unidos únicamente) una importancia continental.

La proposición en referencia, que entendemos fué combatida por la Legación Estadounidense, y defendida por las naciones del Centro, es la primera manifestación de protesta colectiva de un grupo de naciones Americanas contra las prácticas de la República del Norte. Así han debido entenderlo los pensadores americanos y los no americanos, al aplaudir ruidosamente esta actitud que parece presagiar un despertar en la conciencia oficial de algunas naciones de América.

Lo importante ahora es no dejar perder este primer acto de solidaridad americana, este primer impulso federativo, no en el concepto político de la palabra, sino en el de unidad de acción para los fines de una común defensa. Consideramos que este movimiento debe ser recogido y alentado por los intelectuales de estos pueblos, como punto de partida de un gran movimiento de opinión que presione más tarde sobre los Gobiernos, como lo aconseja Ingenieros.

Los políticos de los Estados Unidos tendrán que llegarse a convencer, tarde o temprano, de que el Pan-americanismo, como lo entienden ellos, es una doctrina desprestigiada en la América Latina; aparentan los elementos oficiales creer en ella, pero en verdad todos nos reímos de ella, porque le damos más importancia a los hechos que a los discursos; este Quinto Congreso Pan americano es la mejor prueba.

Pero volviendo al proyecto de aso-

Como un fauno...

Como un fauno marino perseguí a aquella
[ola.

Suelta la cabellera y el talle azul ondeante.
Como un fauno marino nadé tras de la ola
que distendió sus líneas como hembra
[jadeante.

El Sol estaba viejo, pero era un rey
que, aburrido aquel día de bañarse en el mar,
se embarcó en una nube
y apenas si tenía algo que recordar...

Yo perseguí a la ola pensando que la hora
miedo haría en la ola musculada y sonora...

Pero como avanzara yo sobre el litoral,
la ola arqueando ímpetus se retorció en la
[arena
dejando en mi lascivia tres algas por melena
y una gran carcajada de espumas de cristal.

CARLOS PELLICER.

México, D. F.

ciar a los intelectuales de América o al menos, y por lo pronto, a los del Centro, decimos que la organización supone la existencia de una Oficina Central cuyo asiento puede ser la Habana, y de una gran revista de propaganda continental. Supone además la convocatoria de un gran Congreso de Intelectuales, donde, sin las limitaciones que la posición diplomática exige, se expongan en su alto y verdadero significado y alcance las aspiraciones de la América Hispana.

Queremos pensar que es cierto esto que hemos repetido: esto de que la América Hispana tiende a ser una e indivisible por una poderosa asocia-

ción de sus intelectuales, constituidos de hecho en Liga Internacional, que se dirige, a despecho de cualquier interés en contrario, a asegurar a los hombres del porvenir, sin preguntarles su origen ni su raza, una existencia más digna y conforme con la justa explotación de las riquezas de nuestro suelo y con los superiores destinos de los hijos de América.

Sería interesante que uno de los hombres de prestigio en las Repúblicas del Caribe, como Vasconcelos, Valencia, Sanín Cano, Varona, tomaran la iniciativa para esa gran asociación de los intelectuales de América.

MANUEL SÁENZ CORDERO

FRATERNIDAD

El desfile

«Un surco se ha abierto en vuestro espíritu. Después de haber sido soldados de la patria, tenéis que ser soldados de la justicia.»

JAURES. *Al volver del regimiento.*

PASABA la manifestación de los trabajadores. Una inmensa muchedumbre cubría en toda su enorme extensión la larga y anchurosa avenida. Sobre el mar de incontables cabezas humanas aparecían desplegados millares de estandartes rojos, símbolos de fraternidad, de solidaridad, de unión firme y animosa entre los humildes. Los que vimos en nuestra infancia y en años muy remotos la primera bandera de la Internacional, solitaria, rodeada de dos docenas de ilusos, despreciada, mirada con desdén, en medio de la inmensa turba de desocupados y de parásitos, que regresaban de sus solaces, ganados a costa de explotaciones y de privilegios inicuos; los que contemplamos aquellos precursores abnegados que se atrevían a alzar la pobre enseña de las reivindicaciones sociales en medio de una sociedad burguesa, que los juzgaba enemigos de la virtud y de la verdad, sentíamos ayer acelerarse nuestro pulso y oprimirse nuestra garganta al ver aquella manifestación imponentísima, aquella arrolladora masa humana, que pasaba cantando sus himnos, celebrando su victoria en las urnas, anunciando un porvenir glorioso en que todo el derecho será transformado, en que los principios de humanidad serán acatados por todos los hombres y en que la paz universal dejará de ser una palabra vana.

A mi lado, entre los espectadores del grandioso desfile, cubierto por sus plegadas estameñas, calzado con sus sencillas y limpias sandalias, meditaba un fraile. ¿En qué pensaba? ¿Recor-

daba acaso aquellas otras procesiones en que muchos millares de fieles alzaban también sus estandartes recamados en oro y sus imágenes evocadoras? Su semblante aparecía impasible. Sin duda, comparaba, analizaba, juzgaba. Por mi parte, dando por supuesto el contraste, no pude menos de pensar por mi cuenta y de atribuirle lo que yo mismo hubiera discurrido a encontrarme dentro de sus hábitos.

—He aquí—me diría, si yo fuera el fraile—una manifestación del sentimiento universal popular, a la cual la Iglesia pudo no haber jamás sido ajena. ¿Qué otra significación tuvo la religión en sus comienzos, ni cuál otro quiso, sin duda, darle su fundador que el de la anteposición de los ideales de justicia y de fraternidad a los intereses egoístas, el de la supremacía de la libertad sobre el despotismo cesáreo, del enaltecimiento de los humildes sobre la injusta y soberbia preponderancia de los pretores, de los escribas y de los fariseos, de los que padecen hambre de pan y sed de justicia sobre los que todo lo acaparan y corrompen? Un Redentor caminaría descalzo al frente de estas muchedumbres, dejando salir de sus divinos labios sus bellas y trascendentales parábolas. ¿Por qué ahora los desfiles de los creyentes hartos son otros que los de los fieles, y esperanzados, y hambrientos? ¿A qué causa obedece que los estandartes de los que se llaman discípulos del Hijo del Hombre, bordados con preciosos metales sobre ricas sedas, sean llevados y acompañados por los poderosos, y los de los que pasan por enemigos

de la idealidad, hechos de sencillos y modestos paños, sean alzados por los que trabajan y sufren, como si la predicación evangélica se hubiera disipado en el seno del viento? ¿No pudo buscarse una conjunción entre las palabras y los hechos, entre lo material y lo espiritual, entre lo que ha sido y lo que es, entre el presente y el futuro?

Después ví, poco más distante, a un patriota, que había vertido su generosa sangre por España en la guerra, y esta vez mis reflexiones fueron no menos lógicas. «¿Qué funesta desviación—me dije—es culpable de que parezcan divorciados sentimientos que tienen una misma raíz? ¿Por dónde ni por qué han de parecer contrapuestos el sentimiento de la equidad y el amor a la tierra en que se ha nacido? ¿No son estos trabajadores los que se honran cubriendo sus hombros con el uniforme del soldado, los que pelean en las avanzadas y los que derraman su sangre cuando lo exige la independencia del territorio? ¿Cómo, pues, han de parecerse extraños ante sus caudillos? ¿No será que se les ha llevado injustamente a unos y a otros a improcedentes e injustas campañas? ¿No será que por los llamados a crear el verdadero patriotismo se ha procedido con ceguera, olvidando que es del pueblo de donde salen las legiones y que, así como el deber de los ciudadanos pobres es acudir a donde se les llama, el de los capacitados es guiar con desinterés y con causa justa? Ved otro aparente divorcio, que no puede lógicamente ser explicado».

Por fin, miré, a mi izquierda, a un intelectual de justo renombre: «¿Cómo la intelectualidad—me pregunté—puede ser ajena a esta explosión de sentimientos humanitarios, de aspiraciones justas y legítimas, de esperanzas igualitarias racionales y bellamente estéticas? ¿No será porque la intelectualidad, adulterada, se va convirtiendo en oficio y desdeña, por la vida regalada, las causas mismas del vivir? ¿No será porque se ha puesto al servicio de todas las desigualdades y de todas las explotaciones, de cuyos beneficios participa, por lo que es mirada con desafecto por todas estas legiones de varones útiles, que proclaman la soberanía del Pueblo? ¿Y es posible que ignoren que pudieran llevar a sus masas el sentimiento estético y el amor a la indagación, como otros pudieran dotarlas del más acendrado patriotismo y de una orientación espiritual de que acaso están necesitadas?»

Seguían pasando los obreros, y yo me descubrí ante sus banderas. «Seguid vuestro camino—exclamé—, hijos de la labor y del dolor, precursores de un universo más justo y más piadoso que el que condenó a la miseria a vuestras mujeres y al desamparo a vuestros

hijos. Tal vez, algún día se unirán a vosotros todos aquellos que pudieron guiaros, y vosotros los buscaréis con empeño. Ello sería un gran bien para la Humanidad; pero si la ceguera de todos fuera tal que la desunión se hiciera irremediable para el cumplimiento de todos los fines, para la rea-

lización de todas las justicias, para el alumbramiento de las más sublimes verdades y la santa fecundidad de los más nobles sacrificios, sabréis caminar de todas maneras».

ANTONIO ZOZAYA

(*La Libertad*, Madrid).

La vida de las plantas

¿Por qué degeneran las plantas?

DECÍAMOS, en nuestro trabajo anterior, que las plantas cultivadas habían perdido, por esta razón, su combatividad.

La hierba ha llegado a ser sólo intenso esfuerzo de vida y ha descuidado ciertas condiciones que a nosotros nos parecen estimables.

Lo que hace perder esas cualidades deseables a la planta es la lucha con condiciones adversas.

La selección natural es a la inversa de lo que se ha creído: triunfan los seres inferiores y si el hombre abandonara sus campos, por un tiempo, sólo hierbas poblarían el mundo: hierbas, arbustos o árboles, pero la fruta selecta, dulce y carnosa, la flor bella y perfumada, el pasto succulento, serían sustituidos por otros inferiores, malos, feos.

La selección, como herencia, carece de valor permanente y el único factor de verdadera importancia es la inteligencia del agricultor.

La verdadera agricultura no es otra

cosa que el estudio de las necesidades de la planta para llenarlas al punto; el estudio de los enemigos de esa planta para eliminarlos.

De nada vale la semilla buena si se deja a la planta en condiciones de lucha, porque, para defender su vida, descuidará lo demás.

La agricultura de éxito es solamente cuestión de inteligencia.

Esto no es una suposición nuestra: es la primera conclusión que podemos dar después de bastantes años de observaciones y experiencias.

¿Buena tierra? ¿buena semilla? ¿buen cuidado de la plantación?

Veamos lo que dice la experiencia de muchos años.

Cuando era un estudiante, hace ya unos 16 ó 17 años, pudimos ver en una finca de café, lo que vale el cariño puesto al servicio de las plantas.

Aquello era un jardín, el aspecto muy bello y el rendimiento excelente.

Las fincas vecinas eran un desastre. Todos atribuían aquella diferencia a fertilidad distinta de los suelos.

La finca fué vendida y dos años después no quedaba ni la sombra de la belleza que conocimos.

¿Se había agotado tan pronto la fertilidad?

Hace unos años conocimos en la Escuela de Agricultura unos pobres naranjos, en un potrero, que daban frutas de una calidad detestable, pequeñas, ácidas, pocas...

El señor Director de la Escuela nos decía: ¡Cosa rara lo que sucede con estos árboles! ¡Antes daban frutos riquísimos!

Unos pobres arbolitos conocí que daban unos frutos, duraznos, tan malos y de tan feo aspecto que no se sentían deseos de cultivarlos; dos años después, sin abono, sólo con cuidados, están dando excelentes frutos: succulentos, grandes y bellos y en cantidad fabulosa.

Un rosal que se abandona va poco a poco produciendo flores menos grandes, hasta convertirse en un rosal degenerado.

El producto selecto es producto de la inteligencia humana y si se le des-

Cantar íntimo

PARA CARMEN LIRA, cordialmente

Abierta a los cuatro vientos
no se aparte mi alma
de las fragancias silvestres,
de las alegrías viriles,
de las provocadoras formas
y de los ojos de las mujeres.

Para darnos cuenta del espíritu
tenemos manos de carne,
ojos y labios, y corazón;
todo de pura carne,
todo de carne pura,
desde la tosca mano
hasta el átomo sutil de la pupila,
fuente de la imaginación.

Pero sobre esta psicología,
vaya del campo al alcázar,
de las florecillas silvestres
a las enormes rosas de los jardines,
de los ojos de las mujeres
a los besos aéreos de los ángeles.

RAFAEL ESTRADA.

San José de Costa Rica, 1923.

cuida vuelve al estado primitivo. Esa es la selección natural.

¿Sucede tal cosa sólo en las plantas? No; flores, frutos, animales y hombres están sujetos a iguales leyes y si hemos de creer tal cosa, el día que el hombre descuide el cultivo de sus fuerzas superiores, ese mismo día principia a convertirse en un producto primitivo de la naturaleza.

Parece que la naturaleza defiende la vida, pero que no conoce las formas superiores de la vida.

Aquella idea de que lo que no avanza, retrocede, no es otra cosa que una verdad científica.

Hay como una gran fuerza de atracción hacia las fuentes de origen; no es propiamente que haya en la naturaleza la idea de retroceder sino que para ella lo fundamental es la vida y ésta se asegura mejor en las formas simples.

Todo puede obtenerse de las plantas mediante el cultivo, pero lo que se ob-

tiene no llega a constituir una forma definitiva de la planta.

Lo único que parece ser firme es el producto de la naturaleza cuando ella lo hace sin intervención.

Esto nos hace ver que el ambiente en que se desarrolla una planta o un animal es lo que en realidad tiene valor como evolución y que mucho de esto es de una relatividad desconcertante.

La planta que ha llegado a ser prodigio de belleza, se abandona y pronto la vemos convertida en hierba salvaje.

El hombre de las civilizadas! sociedades de Europa un día con un rifle o una bomba en la mano y una pasión desenfrenada, vuelve al punto de partida: aparece el hombre cavernario que se lanza sobre el otro para hacerlo pedazos.

¿Es eso la evolución?

¿Qué es entonces la selección natural?

JUAN J. CARAZO

Fray Silencioso

Al Padre PALLAIS, porque es el único que no se ha burlado de mí.

Había delante de mí, caminos, y caminos, y caminos.

Y tomé uno que me pareció encantador y encantado. Y como tenía pies de ardilla y ojos de niño, me fuí por mi camino corriendo y jugando. Las mariposas me dijeron: Vamos a rodar fortuna; y las hojas verdes: Quédate con nosotras. Y yo pensaba: Son demasiado benedictinas las hojas verdes; y demasiado trota conventos las mariposas. Y seguí por mi camino corriendo y jugando, cuando de pronto me encontré con un ser extraño. No tenía garras, ni fauces, ni colmillos, y sin embargo me sentí Caperucita y me puse a temblar con temblor grande, como si aquel ser extraño que estaba delante de mí, fuese el legítimo dueño de todas las garras, de todas las fauces y de todos los colmillos. Todo animal y toda bestia, aquello me pareció la pantera de los griegos. Era foscavista y había mal de ojo en la mirada de sus ojos. —¿Cómo te llamas?—le dije. Y él me respondió:—Hombre.—Y yo proseguí:—El árbol medita, la flor reza, la nube viaja, la mariposa baila, el pájaro vuela, la cigarra canta, la hormiga trabaja... ¿y tú qué haces?—Y él respondió:—¿Yo? Yo me burlo. Pertenezco a la especie de los burladores.—Y yo le pregunté a la flor, al árbol, a la nube, a la cigarra, a la mariposa, al pájaro y a la hormiga, y ninguno de

ellos pudo decirme qué cosa era la burla. Y el hombre se burló de mí, y desde entonces, iba yo medio muerto por el camino. El hombre y los otros hombres, cuando me veían pasar me señalaban con el dedo y movían la cabeza y hablaban al oído. Y yo era una tembladora Caperucita, como el pajarito fascinado por la serpiente, como los insectillos delante de una mantis religiosa en actitud espectral. Y exclamé:—¡Mejor hubiera sido quedarme con las hojas verdes o ir a rodar fortuna con las mariposas! Voy a tomar otro camino desconocido de los hombres.

Y tomé un segundo camino que me pareció encantador y encantado. Y a pesar de las heridas que me había hecho el hombre, yo no había podido perder mis pies de ardilla y mis ojos de niño. Y me fuí por mi camino corriendo y jugando. Y como acababa de pasar el buen tiempo de las lluvias, todos los árboles estaban lavados, nuevecitos, y las hojas de un verde lustroso y las flores amarillas y las flores rojas parecían pintadas, y las verane-

ras lilas, rosadas y azules rezaban: ¡Dios te salve María! Si se habrían fugado, divinas colegialas de una miniatura de Andrés Beauneveu, en el misal florido del Padre Abad, en la mayúscula del domingo in albis «*Quasi modo geniti infantes*». Y yo pensaba: Dentro de poco me voy a encontrar con Blanca Nieve que es la niña más linda de la ciudad, o con la bella Durmiente del bosque. Cuando de pronto, me sentí de nuevo tembladora Caperucita: ¡Venía por el camino, burlándose, el hombre!

Y en el tercer camino, y en el cuarto, y en el quinto y en todos estaba siempre burlándose el hombre. Y era la burla de los hombres el mismo cuervo de Edgard Allan Poe.

Y entonces yo le dije a mi alma: —¡Cállate por favor! ¡No digas nada! ¡No hables! ¡No escribas! ¡No hagas! ¡No vayas! Seamos Fray Silenciosos. Apartémonos de los caminos de los hombres. Huyamos lejos, muy lejos, y más todavía y más todavía. *In foraminibus*. Como dice Jammes: «Iglesia vestida de hojas»; como dice Guerin: «Sembrador de cenizas» y «Corazón solitario»; como dice Rodembach: «Brujas la muerta» y «Vidas enclaustradas». Así, alma mía, así. Lleguemos al corazón del silencio, donde están los ciervos huraños y asustadizos, y las cabras atrevidas y aventureras, y el dulce ojo de agua que mira con miradas de Nuestro Señor.—Y mi alma me respondió:—¡Estoy lista, vamos! Donde no hay caminos, está mi camino.

Y abriendo su libro de mayúsculas, Fray Silencioso se puso a ilustrar la vieja secuencia:

«*Isti sunt agni novelli qui annuntia-verunt. Modo venerunt ad fontes, repleti sunt claritate. Alleluia*».

«Estos son los corderos nuevecitos que anunciaron. Acaban de llegar de la fuente. Están llenos de claridad. Aleluya».

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic. 19 de marzo de 1923.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

SOLICÍTENOS estas obras: ANFORA SEDIENTA, poemas de Rafael Heliodoro Valle, Precio: ₡ 4.50.—MI ESPAÑA (páginas diversas), de Pedro Henríquez Ureña, Precio: ₡ 4.50.—EL JARDINERO DE AMOR, del Tagore. Nueva edición (en las del «Convivio»), con un Prólogo, para esta nueva traducción, de V. García Calderón, Precio: ₡ 1.50.

4) Homenaje del "Repertorio Americano"

a don Jesús Jiménez, en el primer centenario de su nacimiento

18, junio, 1823 - 18, junio, 1923

(Concluye. Véanse los números 8, 9, 10 y 11).

A propósito del memorable despacho del Ministro Volio

En Panamá, a donde fué conducido el General Barrios, se le unió su buena esposa, dirigiéndose de allí a los Estados Unidos.

El año de 1864 comenzó para ellos en New York; mas en vez del descanso y de la paz, que casi siempre suceden a los grandes peligros y agitaciones; en vez del reposo filosófico que a veces sigue a los desengaños y decepciones de la vida, el espíritu inquieto y turbulento del General Barrios dominó en él a tal grado, que no abandonó un instante sus proyectos ambiciosos, y sólo soñaba con recuperar de cualquier modo el poder perdido, sin darse absolutamente cuenta de su impotencia y aislamiento, y sin reflexionar sobre las consecuencias que su ceguedad y obcecación pudieran acarrearle. Los desastres de la guerra que había terminado, tampoco afectaban su ánimo inquieto, y se proponía renovarlos.

Documentos fehacientes y hechos notorios prueban lo dicho, y dan testimonio de los constantes esfuerzos que hacía para fomentar nuevos disturbios, encontrar apoyo a sus planes y proporcionarse los recursos de que carecía.

Jerez vencido en Nicaragua y acompañado de un aventurero llamado Santiago Thomas y de varios emigrados y extranjeros, había asaltado el puerto de Amapala y apoderándose del armamento y material de guerra que allí había, trasladándolos a bordo del bergantín *Experimento* y a dos embarcaciones más, cuyo hecho se efectuó a principios de octubre y durante el sitio de El Salvador, había, al saber la toma de aquella plaza, recalado a Puntarenas, solicitando refugio y entregando embarcaciones y armamento al Gobierno de Costa Rica. A Jerez y a los suyos, se agregaron otros muchos emigrados de Nicaragua y de Honduras, formando un grupo importante, con el cual contaba Barrios para cooperar en sus proyectos reaccionarios.

Los Gobiernos de las otras Repúblicas centroamericanas estaban al tanto de los movimientos revolucionarios de Barrios, de sus gestiones en los Estados Unidos, de sus intrigas, de su intento de organizar un cuerpo de aventureros como auxiliares, entre ellos a un tal Segur y otros filibusteros. Tal actitud y tales tramías incendiarias causaban fundadas alarmas y mantenían la inquietud y la inseguridad en aquellos países; y este malestar se reaggravó con las noticias de que el agitador había resuelto solicitar asilo en Costa Rica.

Los Gobiernos de las otras secciones de Centro América ocurrieron, como si hubiesen estado en común acuerdo, al de Costa

Rica comunicándole los temores que abrigan y exponiendo los inconvenientes que ese asilo ofrecía, y los peligros para la paz pública que consigo traería. Repetidas fueron estas comunicaciones más o menos amistosas y persuasivas, a excepción de la de Nicaragua que fué amenazante y destemplada.

La contestación dada por el Ministro Volio, a nombre del Gobierno de Costa Rica, a la comunicación del de Nicaragua es uno de los documentos de notoriedad nacional, y fué recibido con general aplauso, mereciendo elogios en la prensa de otros países. Por lo demás, el Gobierno de Costa Rica procuró siempre en sus varias contestaciones poner en duda y no dar importancia al rumor que corría sobre los intentos del General Barrios, protestando de sus amistosos sentimientos hacia aquellos países, y de su firme propósito de contribuir a mantener la paz y la tranquilidad de las Repúblicas hermanas.

De la mayor buena fe se ponía en duda el intento del ex-Presidente de El Salvador; pues no podía concebirse, dadas sus antipatías, por no decir su odio, contra Costa Rica y varios hechos bien probados de hostilidad y de inquina, cómo podía pensar en dirigirse a un país antipático para él, y en donde debía suponer eran públicas y notorias sus tendencias, precedentes y opiniones. Mas, a pesar de eso, este Gobierno se dirigió a su Representante en Washington, comunicándole los rumores que corrían, el alarma que esto producía en los demás Estados centroamericanos y encargándole eficazmente que averiguase el fundamento que esos rumores tenían, y que en caso de ser ciertos, emplease todos los medios a su alcance, directos o indirectos, y cuanto su celo y sus capacidades alcanzasen para disuadir al General Barrios de su intento. Don Luis Molina, dignísimo Representante de Costa Rica en los Estados Unidos de Norte América, llenó amplia y hábilmente el encargo recibido. De su correspondencia se ve que empleó todos sus esfuerzos en hacerlo desistir de su proyecto de pedir asilo en Costa Rica, y es de suponerse que hasta el gran Ministro del Presidente Lincoln, el Honorable señor Seward, intervino, por influencias de Molina, en esta emergencia; pues en comunicación fecha 15 de marzo de 1864, dirigida por la Secretaría de Relaciones Exteriores a don Luis Molina, Representante en Washington, se encuentra lo siguiente: «Nunca será bastante elogiada la conducta del Honorable Mr. Seward relativamente al General Barrios. Si por todos los hombres de Estado y

en todas las circunstancias hubiese la misma lealtad y buena fe hacia los Gobiernos establecidos, los enemigos del reposo dejarían de ser el azote de su patria».

La misma comunicación agrega: «La esperanza más inocente, como V. E. muy bien observa, que puede haber llevado a Barrios a esa República, es la de obtener algunas demostraciones que halaguen su vanidad y le realcen a los ojos de sus partidarios, si algunos le quedan en Centro América; pero debe suponersele otra más atrevida, que, aunque de difícil realización, es necesario observar muy de cerca y combatir desde su principio».

Todo fué inútil, ante la inflexible obstinación del General Barrios, que desoyendo los consejos, las súplicas y observaciones de numerosas personas, y aun se aseguró, que las de su propia esposa, emprendió viaje para Costa Rica, vía Panamá, embarcándose en New York el 13 de diciembre de 1864.

En los primeros días de enero del año siguiente de 1865 arribó a Puntarenas, confiando sin duda en el resultado de una patética y amistosa carta dirigida antes de su embarque, al Presidente de Costa Rica, Licenciado don Jesús Jiménez.

Cuando el señor Jiménez recibió esa carta, y al mismo tiempo comunicaciones del Representante Molina, anunciando la inutilidad de sus esfuerzos, y la irrevocable resolución del General Barrios de venirse para Costa Rica, convocó un Gran Consejo para deliberar lo que convenía hacer en el conflicto que se presentaba.

Quien rememora estos hechos ocurridos hace treinta y cinco años, recuerda igualmente: que él fué también invitado al referido Consejo al cual, con pena suma, no pudo asistir por encontrarse enfermo y postrado en cama. Sin embargo, se preocupaba mucho sobre el resultado que aquella reunión pudiera tener, conociendo como conocía, el carácter, o vacilante, o predispuesto, o timorato de muchos de los congregados. Preocupado así, y en hora avanzada de la tarde llegó a visitarle el Presidente Jiménez, a quien le unían estrechos vínculos de amistad.—Vengo,—dijo,—además de saber cómo se siente y saludarlo, a referirle lo ocurrido en el Consejo que hoy acaba de tener lugar: mucho se discutió, muchas y varias fueron las opiniones emitidas, y en todas ellas predominaban dudas, temores y fluctuaciones. Viendo que nada podía sacarse en claro, y que en tal confusión de ideas era difícil encontrar el acierto, resolví suspender aquel acto, dejando para después la resolución que conviniese adoptar. Como usted—agregó—, por su enfermedad no pudo asistir, vengo ahora a comunicarle lo ocurrido y a recabar su opinión sobre este delicado asunto.—Se la daré con toda franqueza,—le respondí,—expresándome poco más o menos en los siguientes términos:—Mejor que otro alguno en este país, conozco los antecedentes y las tendencias del General Barrios, de quien Costa Rica tiene muchas quejas, y ha recibido grandes males; mas, el Jefe prestigioso, el Presidente autócrata, el agitador infa-

tigable, y el enemigo de este país han desaparecido, y hoy no debemos ver más en este hombre, que al potentado caído, al caudillo vencido, al ambicioso refrenado: a nuestras puertas llama el proscrito, el caído, el perseguido: al pedir nuestra hospitalidad olvida sus preocupaciones y sus odios y confía en los nobles y generosos sentimientos del pueblo costarricense. Costa Rica ha sido siempre un asilo sagrado y seguro para todos aquellos que sufren el ostracismo, sean quienes fuesen, y en su suelo han encontrado protección, amistades y hogares. Cuando este país estaba aún en su cuna, allá por los años de 1832 a 1833, llegó a sus entonces desiertas playas un gran proscrito, un coloso derribado en la América del Sur, y el General Lamar y su séquito fueron cariñosos y entusiastamente acogidos. Más tarde apareció también otra gran figura de aquellos países: el vencedor de Lamar, y compañero como él de Bolívar, Sucre y San Martín: el General Gamarra, caído a su vez y perseguido, y Costa Rica le dijo: seas bien venido. Transcurrieron muchos años y otro famoso caudillo, el General Juan José Flores, campeón de la independencia ecuatoriana, y Jefe Supremo de aquel país durante muchos años, buscó en nuestro suelo el asilo que le fué denegado en otras partes de este Continente.

Muchos otros expatriados del hemisferio Sur encontraron asilo seguro en este país; mas, estos hechos aislados son poca cosa en comparación de lo que al carácter hospitalario de su pueblo y a la sabiduría de sus Gobiernos, deben las otras secciones de Centro América y principalmente Nicaragua. Las frecuentes convulsiones políticas de nuestras hermanas Repúblicas, y a veces la anarquía que en ellas reinaba, obligaban a los vencidos o perseguidos a buscar seguro refugio en nuestro pacífico territorio. Presidentes caídos, Ministros odiados, Generales y Jefes vencidos, notables ciudadanos perseguidos, recibieron nuestra cordial hospitalidad. El General Morazán mismo, cuando casi a mediados del año de 1840 se presentó con su familia y séquito en nuestro puerto del Pacífico, Carrillo tan sólo exceptuó al caudillo, dando libre entrada a todos los que lo acompañaban, y si la familia Morazán no aceptó la hospitalidad fué por no separarse de su jefe. Molina, Irungaray, Cañas, el mismo Barrios, Vasconcelos, Cabañas, junto con otras muchas personas connotadas, encontraron aquí apoyo y simpatías, siendo varios de ellos colocados en empleos públicos, y algunos protegidos de un modo especial para ensayar las industrias de la grana y del añil. Si después de tan nobles actos, si olvidándose de política tan patrióticamente inspirada, y cuando ya la República se encontraba en condiciones de prosperidad y de progreso evidentes, y cuando no existían los vínculos ni compromisos que antes la ligaban, fuese a romper con esos preclaros precedentes, negándose al asilo pedido por el General Barrios, este hecho solo, vendría a desvirtuar esos clarísimos antecedentes, a menoscabar los méritos al-

canzados, y sobre todo, ese hecho infligiría una mancha sobre la República y sobre sus Gobernantes. No podía, pues, en concepto del que exponía estas opiniones, vacilarse en abrir las puertas del país al desterrado y a su noble esposa, imponiéndole, eso sí, condiciones decorosas, a fin de que ese asilo no se desvirtuase con acto alguno que pudiese turbar la paz de Centro América. No cabía duda que esa resolución produciría en las otras Repúblicas, además de una inesperada y desagradable sorpresa, resentimientos de gran trascendencia y hasta hostiles quizá; mas esta posible tempestad política podía calmarse, o atenuarse, si este Gobierno dirigiese a los demás, sin pérdida de tiempo, una bien meditada circular explicando y justificando el procedimiento y dando la más firme promesa y garantía de adoptar todos los medios para impedir que la presencia en Costa Rica del General Barrios, ocasionase la menor perturbación, ni entrañase peligro para la paz de aquellos Estados.

Por toda respuesta, el Presidente Jiménez estrechó la amiga mano, diciendo: Comparto y acepto su opinión; preveo complicaciones y conflictos, pero mi política no puede apartarse en esto, de la muy honrosa de mis predecesores.

Volio aceptó también con beneplácito la resolución tomada por el Presidente Jiménez, y ambos se empeñaron en que quien escribe esta reseña, se encargase de preparar la circular a los Gobiernos amigos y Cuerpo Diplomático, y aunque la persona honrada con ese encargo rehusó alegando su incompetencia, tratándose de un hombre tan ilustrado y tan distinguido como el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, se insistió, alegando que quien había figurado en esos acontecimientos y estudiado sus causas y peripecias, era el más aparente para encargarse de la redacción del proyectado documento, el que formulado y aceptada su forma, se comunicó debidamente, publicándose en «La Gaceta Oficial» número 302 de 21 de enero de 1865. (1)

La lectura de esa circular es una síntesis de la situación y de sus precedentes: sus efectos fueron honoríficos y favorables para el Gobierno de Costa Rica, como se comprueba por la correspondencia oficial y por los juicios de la prensa de otros países. Esa lectura hace innecesarios otros datos y omite consideraciones que alargarían demasiado esta relación.

Todos estos sucesos y complicaciones coincidieron casi con el arribo del General Barrios a Puntarenas, cuyo arribo fué precedido por la noticia comunicada por el señor Molina de haberse embarcado dicho General en New York el 13 de diciembre de 1864.

Una vez en territorio de la República, le fué comunicada su admisión a ella si eran aceptadas por él las condiciones de que se ha hablado, ofreciéndole toda clase de garantías y de consideraciones. El General Barrios aceptó lisa y llanamente y con en-

(1) Reproducido en el REPERTORIO AMERICANO 9-10 del tomo en curso.

tero beneplácito la hospitalidad que se le brindaba, ofreciendo guardar una conducta pacífica, no intentando nada contra las otras Repúblicas centroamericanas; y al verle llegar, sin séquito, sin armas y acompañado tan sólo por su esposa, se creyó generalmente en la sinceridad de sus promesas y en lo pacífico de sus intenciones, siendo bien recibido en el puerto, en su tránsito por nuestros poblados y en esta capital, en donde se le rodeó de respeto y de atenciones.

FRANCISCO MARÍA IGLESIAS

(Pro-Patria, 1900).

La sentencia de la posteridad

Benemérito de la Patria

Congreso Constitucional

Nº 50

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica

En reconocimiento de los dilatados e importantes servicios que ha prestado a la República el Licenciado don Jesús Jiménez, y en atención a su honradez y patriotismo,

DECRETA:

Artículo único.—Declárase «Benemérito de la Patria» al Licenciado don Jesús Jiménez.

Al Poder Ejecutivo. Dado en el Salón de Sesiones del Palacio Nacional, en San José, a los veintidós días del mes de julio de mil ochocientos ochenta y seis,

A. ESQUIVEL,

Presidente.

A. VARGAS,

Secretario.

MÁXIMO FERNÁNDEZ,

Secretario.

Palacio Presidencial. San José, julio veinticuatro de mil ochocientos ochenta y seis,

Ejécútese,

BERNARDO SOTO.

Por impedimento del señor Ministro de Gobernación,

El Subsecretario,

A. A. CASTRO.

(La Gaceta, 25 de julio de 1886.)

Nº 44

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica

CONSIDERANDO:

1º—Que el 18 de junio de 1923 va a cerrarse el primer siglo del natalicio del ex-Presidente de la República, Benemérito Licenciado don Jesús Jiménez;

2º—Que en la obra constructiva de aquel ilustre gobernante, además del valioso concurso prestado al desarrollo del progreso moral, material y económico, se destaca el vigoroso empuje que dió a la Instrucción Pública del país;

3º—Que durante la Administración del señor Jiménez se incorporó a nuestra Constitución Política la enseñanza primaria, gratuita, obligatoria y costeadada por la Nación, como una función social del Estado, con lo

cual se pusieron las bases para el desenvolvimiento de una democracia consciente;

4º—Que desde aquella Administración parte la fundación de la educación normal y secundaria y la modernización de su enseñanza con el contingente cultural extranjero;

5º—Que la Escuela Normal de Costa Rica, con el objeto de conmemorar el acontecimiento histórico de que se ha hecho mérito y como una forma de realizar la finalidad educativa de las aspiraciones socializadoras de su enseñanza, ha presentado a esta Cámara una serie de sugerencias para rendir el homenaje que tan ilustre patricio merece;

6º—Que es un deber de la Representación Nacional tributar honores a las personas que han contribuido al desarrollo de la cultura del país y asociarse a los movimientos cívicos que tiendan a la construcción de la patria costarricense;

7º—Que ya en diversas ocasiones se ha hecho reconocimiento de los méritos y servicios del ex-Presidente Jiménez;

DECRETA:

Artículo 1º—Se declara día de fiesta nacional escolar el 18 de junio de 1923 en homenaje al Benemérito Licenciado don Jesús Jiménez, fundador de la enseñanza oficial de Costa Rica, y en celebración del centenario de su nacimiento.

Artículo 2º—Se auxilia a la Junta Herediana del Centenario de don Jesús Jiménez con la suma de cinco mil colones (¢ 5,000.00) con que deberá atender a la celebración de un concurso de textos de enseñanza nacionales y obras de carácter histórico del país, a la celebración de una Exposición Arqueológica Escolar y a los otros gastos que sean absolutamente necesarios para darle realce a la fiesta centenaria.

La Junta, una vez realizadas estas obras, deberá dar cuenta de sus inversiones al Poder Ejecutivo.

Artículo 3º—La Secretaría de Hacienda emitirá bonos hasta por la suma de sesenta mil dólares de acuerdo con el decreto N° 5 de 25 de agosto de 1920, garantizados con los impuestos creados por la ley N° 16 de 13 de julio de 1920, que serán amortizados a partir del 30 de setiembre de 1927 en adelante. Esos bonos serán entregados a la Municipalidad del cantón central de Cartago para destinar su producto a la reconstrucción del Colegio de San Luis Gonzaga. Para la construcción de este edificio y para la administración interior del Colegio, la Municipalidad nombrará una Junta de Segunda Enseñanza, que tendrá las mismas facultades que las Juntas de Educación de Enseñanza Primaria.

Artículo 4º—Se convierten en campos de experimentación agrícola, con el nombre de «Granja Jesús Jiménez» los terrenos situados

en la villa de Barba y destinados para el Instituto Pedagógico Centroamericano en virtud de los tratados de Washington de 1907.

Del terreno aludido se reservará un lote de una hectárea, el cual se dona a la Junta de Educación de la villa de Barba, con el objeto de que se utilice para trabajos agrícolas escolares y para que cuando los recursos de la referida Junta lo permitan, se construya en él un edificio para las escuelas públicas de la localidad. Dicho lote será localizado por el Inspector de Construcciones Escolares en la parte plana del terreno y



Estatua erigida al Ex-Presidente don JESÚS JIMÉNEZ en la ciudad de Cartago

con frente a la calle que corre al Oeste del mismo.

Esta granja dependerá de la Escuela Normal de Costa Rica.

Artículo 5º—Se ordena una emisión conmemorativa de sellos de correo de curso legal, desde el 18 de junio de 1923 hasta el 31 de diciembre del mismo año, que llevará el retrato del Licenciado Jiménez.

Artículo 6º—La Secretaría de Instrucción Pública ordenará la celebración de una semana cívica en todos los planteles de educación primaria, secundaria y normal, del 18 al 25 de junio de 1923.

Artículo 7º—Esta ley comenzará a regir desde la fecha de su promulgación y el Poder Ejecutivo ordenará su publicación en folleto junto con todos los antecedentes de la misma, relativos a la obra cultural del Licenciado don Jesús Jiménez.

COMUNÍQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso. Palacio Nacional. San José, a los diez días del mes de julio de mil novecientos veintidós.

ARTURO VOLIO.
Presidente.

M. F. QUESADA.
Secretario.

JORGE ORTIZ E.
Secretario.

Casa Presidencial. San José, a veinticuatro de julio de mil novecientos veintidós.

Ejecútese.

JULIO ACOSTA

El Secretario de Estado
en el Despacho de Educación Pública.
M. Obegón L.

(La Gaceta, 27 de julio de 1922).

Dos elogios del Doctor Antonio Zambrana

1.—Con motivo de la muerte del Prócer.

Es una generación entera, es una hora histórica, es un modo de vida de toda la sociedad costarricense, lo que va a encerrarse, en símbolo, con los despojos del anciano ilustre de quien nos despedimos entre la sombra de la tumba.

¡Y bien!, no soy de los que se asustan de los vaivenes y de las brusquedades del progreso; pero declaro con sinceridad perfecta que el día anterior que esos despojos simbolizan, cuando en estudio cuidadoso se ha abierto ante mis ojos, ha subyugado mi albedrío con los encantos de su sencillez republicana, de su democracia a lo antiguo, de su honradez pública, de su austeridad robusta, de su virilidad laboriosa; de todo lo que era característico en este país y ha sido la base y como sello de su grandeza y de su dicha.

Don Jesús Jiménez puede mirarse como el símbolo de una vida política sin grandes ruidos, pero

sin incorrecciones; de una sociedad menos brillante, pero más pura; menos retórica, pero más pensadora; menos lujosa y conocida acaso, pero más feliz; y pocos espectáculos tan dignos de simpatía, de veneración, como de filial respeto, como el de aquella existencia nacional, sencilla, laboriosa, honrada, altiva, que no hace recordar a Grecia, que no tiene eco ni aroma de París o de Italia, pero que recuerda la Roma primitiva, la de los Fabios y Scipiones, la que no tenía en la frente la aureola de sus grandes triunfos, pero ni una mancha en su toga.

Es sano volver los ojos hacia atrás para contemplar un espectáculo como el que el poniente de la vida de este anciano nos trae a la memoria: sencillez, laboriosidad, pure-

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos

za, energía, virtud; todo lo que en la vida hace falta, todo lo que en ella merece echarse de menos.

Lo que hizo dentro de la familia, lo que hizo en la sociedad que lo rodeaba, lo que hizo en la patria, todo tenía la misma esencia y la misma solidez imponente; fué un sembrador de lo que tenemos de mejor y un representante de lo que ya escasea. Ahora duerme; hace bien: ha concluido su tarea, y tiene derecho al reposo. ¿Duerme en verdad?, ¿quién lo sabe? Ese misterio de la tumba ante el cual las religiones despliegan las alas de la esperanza, y hay filosofías que vuelven la espalda con desdén o con ira, es, después de todo, el secreto de lo inaccesible; la ciencia no puede llegar con su mano al velo que lo cubre; está en una región en que falta, por decirlo así, aire respirable para el humano entendimiento; para los que tenéis fe, se ha abierto ya para el espíritu de ese varón insigne el portal de lo infinito; para otros hay acerca de ellos una sospecha y una esperanza, ¿quién sabe si la inmortalidad no es el lote común, pero sí el premio y el destino de los que acertaron a ser grandes, sin dejar de ser buenos! Para todos hay, de cierto, en este instante, una consagración y una apoteosis ideal, un monumento de la Patria, un gran recuerdo de la nación entera; algo que dignifica y eleva: de aquí no es dable que nos retiremos sino con el pensamiento levantado a la mayor altura posible. Anciano: los que se despiden de tus cenizas, se sienten mejores y más fuertes; esa es para ti una verdadera y merecida apoteosis, la única apoteosis que tu patriotismo y tu genial modestia hubieran, de seguro, apetecido.

(*La Gaceta*, 16 de febrero de 1897).

2. Con motivo de la estatua erigida al Prócer de la ciudad de Cartago

La historia de los pueblos no se traza sólo con palabras: hay en ella páginas de bronce y de granito; páginas que son lentas cristalizaciones de sus entusiasmos, de sus amores, de sus reverencias,—de la religión de sus recuerdos. Páginas que no se quiere que el tiempo borre, o la incuria deje extraviar, sino que lleguen a los pósteros; páginas que se colocan en lo alto para que la mirada de todos las encuentren; páginas que, esparcidas por el vasto espacio del planeta, la imaginación reúne, formando con ellas algo como un libro, fragmento centelleante de la Historia: el libro de mármol y de bronce, en que lo transitorio parece perpetuo, lo frágil inexpugnable, la realidad y lo ideal se compenetrán; esfuerzo en que el pensamiento de las generaciones parece querer incrustarse en la corteza de nuestro globo, añadirse a sus rocas, formar parte de sus venas de oro y de sus entrañas de diamante; monu-

mento en que lo ideal se materializa, para conformarse a la doble índole del hombre, que, no pudiendo cuajar y mantener incólume el resplandor de la inteligencia y de la virtud que pasaron, les da símbolo adecuado, en la piedra y en el metal, que no se pudren, como no se corrompe el recuerdo imperecedero de estos representantes eximios de su país y de su tiempo;—¡miembros de la sagrada familia de las estatuas!—que son respecto al entendimiento y a la bondad del común de los hombres, como los montes que se elevan sobre la superficie del planeta,—las alturas de la vida,—muestra del intento de que no se desmenuce todo cuanto somos, de que no todo lo que somos perezca, suerte de inmortalidad terrenal, que es expresión intensa de ese anhelo perenne de los hombres, de que lo que hay en ellos de mejor,—su conciencia y sus ideas,—flote sobre el océano de la muerte; de que ellos traspasen el dintel de lo infinito y de lo eterno, no entren en la miseria de lo que se derrumba, de lo que se desvanece, de lo que se pierde; sean como postes permanentes, como ruinas, como fuentes inagotables de esa electricidad sin hilos conductores, por medio de la cual el presente habla con el pasado para aleccionar el porvenir. Descorramos el velo que cubre ese monumento de grandeza.

(*Se descubre la estatua*).

Ahí está para Cartago, para Costa Rica entera la imagen querida del varón modesto y honrado. Ahí está, con el libro de la ley en la mano, enseñando la lección de la República; ahí está,—aunque no los veamos,—con los trofeos a sus pies, que indican, no

una mengua para la milicia heroica de la patria sino el predominio de la ley sobre la fuerza, del Poder civil, de la Magistratura, que lo encarna, sobre el hecho brutal que en los cañones y en las bayonetas se apoya. Momento solemne fué en la historia de Costa Rica aquel en que el ciudadano insigne que hoy glorificamos, con su mandato en una mano y la Constitución en la otra, se alzó, imponente y austero, sobre los trofeos derruidos del pasado, que significaba el derecho de la fuerza, para afirmar la fuerza del derecho, que es la realidad de la República. En estas pocas palabras está compendiada la historia entera de la evolución política del mundo. Hacéis bien en solemnizar esa victoria; ese es un triunfo mayor que el que obtuvisteis sobre las hordas del pirata extranjero. Es uno de los mayores triunfos posibles del humano progreso. La República es la ley sobre las bayonetas, el derecho sobre la fuerza, el impulso social sobre el egoísmo, la Nación, y no el gobernante con corona; la bandera de la patria cubriendo la frente de todos, la casa de todos, el derecho de todos, el gobierno impersonal de la conciencia, la atracción, la gravedad moral hecha tan poderosa como la física, la libertad para el bien, la igualdad ante la justicia, la fraternidad posible; la razón gobernando a la sociedad y al individuo.

Conciudadanos: con ese monumento, que en nombre de la comisión ejecutiva, entrego a la provincia, y que, en nombre del Colegio de Abogados, saludo reverente, habéis colocado en Costa Rica la piedra angular de la República sincera. ¡Que el cielo la ampare!

(*La Gaceta*, 21 de junio de 1903).

Un juicio definitivo acerca del Primer Presidente Jiménez

Mucho le estimo⁽¹⁾ que me haya brindado la oportunidad de hablar,—siquiera sea de modo breve—de la figura, cada día más luminosa y erecta, del Primer Presidente Jiménez—. Y se lo agradezco porque, habiendo sido yo uno de los que con mayor espontaneidad y entusiasmo promovieron y llevaron a feliz término la idea de levantar un monumento a su memoria, deseaba exponer alguna vez, por mi propia cuenta, las causas que, a mi entender, abonaban aquel acto de justicia.

Una de las palabras inscritas en el pedestal de la estatua que guarda Cartago es la de ESCUELAS. ¿Por qué se esculpió ese vocablo como uno de los justificativos del homenaje a que aludo? ¿qué hizo el Presidente Jiménez en pro de la instrucción popular?

Las nuevas generaciones tal vez no lo hayan aprendido y las viejas quizá lo hayan olvidado. Bueno es en todo caso, siguiendo la idea de Ud., decirlo ahora a las unas y a las otras; bueno es que siquiera en un momento dado y en un círculo aunque sea pequeño, se abone uno de sus mayores merecimientos al hombre probo que gobernó a

Costa Rica por dos veces, aunque sus dos períodos no llegasen en todo más que a cuatro años y medio.

Digamos, ante todo, el estado de la instrucción pública en Costa Rica antes de 1869, y perdone Ud. que para mostrarlo más a lo vivo, cite papeles empolvados y acuda a cifras de estadística.

El censo de 1864—el más fidedigno de cuantos se han levantado entre nosotros—no da el número de analfabetos de toda la República; da apenas el de las ciudades cabeceras de provincias, Según éstos, la proporción de varones que no sabían leer y escribir era en San José 57 por ciento; en Cartago 70; en Heredia 30, (motivo de orgullo para mis comprovincianos); en Alajuela 66; en Liberia 90 y en Puntarenas 64.

La proporción de mujeres que no sabían leer y escribir era en San José 77 por ciento; en Cartago 84; en Heredia 87 (motivo de pena para mis comprovincianas); en Ala-

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

(1) Se dirige al Editor del REPERTORIO AMERICANO.

juela 83; en Liberia 85 y en Puntarenas 80.

La proporción general era en San José de 68 por ciento, en Cartago y Heredia 79, en Alajuela 75, en Liberia 85 y en Puntarenas 72.

En los campos debía exceder el analfabetismo del 90 por ciento; y así, no creo aventurado afirmar que en todo el país un 10 por ciento escaso sabía leer y escribir.

Y esto era ya un relativo progreso.

En 1858 el Ministro Doctor Toledo aseguraba oficialmente que por cada doce varones y por cada una mujer que sabían leer y escribir había cien varones y cien mujeres que no lo sabían. La proporción es sencillamente horrorosa. Casi 94 por ciento de analfabetismo.

Otro no podía ser el resultado, a juzgar por el número de escuelas y alumnos existente.

El Ministro Calvo en 1857 refiere que en la provincia de San José había solamente 10 escuelas públicas con 400 alumnos (no hay que olvidar que San José tenía de otro lado la Universidad y varias escuelas privadas); en la de Cartago 8 escuelas, públicas y privadas, con 231 alumnos; en la de Heredia 14 ídem con 1,000 alumnos; en la de Alajuela 6 con 390; en la de Guanacaste 2 con 65 y en la de Puntarenas 2 con 100.

Todavía en 1868, la situación era tristísima. El Ministro Volio dice, para pintarla ante el Congreso: «Baste saber que las escuelas de esta provincia continúan cerradas en todos los cantones y distritos, a excepción de la escuela central y de párvulos de esta ciudad, para deducir lo que en otras partes ocurrirá».

Comparemos ahora las cifras que suministra el censo de 1892:

En la ciudad de San José sabían sólo leer 20 %; sabían leer y escribir 38,98.

En la ciudad de Cartago sabían sólo leer 11,50; sabían leer y escribir 16,83.

En la ciudad de Alajuela sabían sólo leer 10,09; sabían leer y escribir 20,17.

En la ciudad de Heredia sabían sólo leer 15,42; sabían leer y escribir 27,81.

En la ciudad de Liberia sabían sólo leer 14,65; sabían leer y escribir 19,08.

En la ciudad de Puntarenas sabían sólo leer 7,05; sabían leer y escribir 16,55.

En todo el país sabían leer únicamente 28,208 habitantes (el 11,60 %) y sabían leer y escribir 48,215 (o sea el 19,82 %).

Para que una vez más se aprecie el salto habido en los años que siguieron, haré notar que en el citado de 1892 la asistencia a escuelas era el 4,80 % de la población general, en tanto que en 1914 pasaba del 7 y que en la actualidad debe aproximarse al 8 %.

¿Causas de tan notable transformación?

Conforme a las leyes que rigieron desde los comienzos del régimen republicano, la enseñanza primaria era carga municipal. Decir eso, sabiendo que aun hoy día es casi un axioma que los municipios costarricenses carecen de medios hasta para lo más imprescindible, equivale a decir que no había en realidad de verdad, ni podía haber escuelas permanentes, organizadas y adminis-

tradas con un método definitivo y persistente. Los jefes de familia, es verdad, podían haber suplido la deficiencia municipal; mas sólo en los centros de importancia podían poner escuelas privadas, pagando no siempre con dinero sino hasta con comestibles, al maestro, por lo común de una ignorancia supina, para que enseñase a cancanear, a escribir malamente, las cuatro reglas y algo de catecismo.

La Universidad de Santo Tomás, creada

María del Socorro

Oigo aquí cerca
de mí una voz

que me habla enternecida con susurro,
mezcla de llamamiento y de oración.

Es ella que me llama
con frase familiar,
para decirme dulcemente: «Abuelo,
yo estoy donde quiera que tú estás».

Eres tú, ¿quién lo duda?,
que bajas hasta mí,
al ver, compadecida, mis hombros agitados
por impulsos celestes de subir, de subir.

Ahora, ya estás conmigo;
tu santuario es mi hogar,
y en él la lámpara de oro de tu memoria
en mi mente, que vela, tiene asidua vestal.

Quizás por eso,
tú, buena y fiel,
me marcas con los blancos lirios de tu ter-
[nura
el camino de gloria que conduce a tu edén.

Luego, vencida
ya mi quietud,
contigo emprendo el vuelo de las almas
por las rutas de ensueño de la región azul.

Entonces te apareces
a mi mudo estupor,
así como áurea nave, tachonada de estrellas,
que recorre los mares de mi desolación.

Hasta que, fatigada,
mi mente llega a ti
y en tu dulce y amado recuerdo se reclina,
como un niño cansado cuando quiere dormir.

Sí; yo te siento
aquí también,
ahora que tu mano en mi cumbre nevada
el jardín de mis rimas hace al fin florecer.

Hay en mi jardinillo
claroscuros de tul,
pero, como el milagro de una celeste flora,
en él brillan las rosas con pétalos de luz.

Yo de allí querría
brindarte una flor
y que ornaras con ella tu corona de mártir,
como un tierno holocausto de mi devoción.

Para qué, sin embargo,
si luces el collar
que hizo un ángel muy bueno para tu gar-
[ganta
con las lágrimas de mi amor y de mi piedad.

JUSTO A. FACIO

Limon, 28 de mayo de 1923.

en 1843,—aunque un error evidente por lo prematuro de su erección en un país tan minúsculo, que no contaba ni con escuelas ni con colegios,—sirvió con todo para impulsar la enseñanza, ya que una parte de sus fondos no abundantes se consumió durante algunos años en ayudar al mantenimiento de escuelas y de una que otra cátedra de latín y castellano.

Había en esos tiempos otro formidable adversario de la expansión escolar, la escasez de brazos, que hacía que los padres de familia prefiriesen utilizar el trabajo de sus hijos en las faenas domésticas y en sus empresas. Eso era más positivo y más práctico, en concepto de los campesinos y aun en el de muchos otros que, por residir en las ciudades y tener más roce cultural, debían afanarse por procurar a sus familias el pan de la educación. Y nadie o muy pocos sentían vergüenza de no saber leer y escribir, por ese el fenómeno corriente.

Urgía remediar en lo posible la condición de la enseñanza popular, y en 1858 lo intentó el Gobierno de Mora, por medio de una ley en la cual, a más de otorgar a cada municipalidad provincial dos leguas de tierra y de cederles el rendimiento de las multas, se declaró *obligatoria la educación en todas las clases de la sociedad* y se impuso a todos el gravamen de contribuir para sostenerla. Mas esa ley, no obstante su recto propósito, no produjo resultados tangibles. No bastaba, en efecto, que la educación fuese obligatoria; era forzoso propagarla, que se creasen planteles de enseñanza en cantidad suficiente.

La situación no varió, de modo radical, sino cuando la Constituyente de 1869 vino a disponer que la enseñanza primaria, además de gratuita y obligatoria, fuese costeadada por el Estado.

Y he ahí el título de gloria del Presidente Jiménez. Esa medida indicada y reclamada desde hacía varios años por agentes que se ocupaban de la enseñanza, fué acogida por él e incorporada en la Nueva Carta Fundamental; y aunque condenable en estricta teoría, fué la que permitió el establecimiento efectivo de las escuelas en Costa Rica, en donde, por vicios de raza y de educación, la iniciativa individual es casi nula y la vida municipal hartamente anémica.

El resultado de tal innovación fué que, así como según el apotegma moderno, el buque crea el flete, así, habiendo efectivamente escuelas, la enseñanza comenzó a difundirse y a existir de verdad, más o menos floreciente y pujante, según el grado de calor de las Administraciones que se han sucedido.

Especialmente comenzó enseguida a educarse la mujer costarricense, cuyo profundo atraso hemos visto en el censo de 1864. No se le atribuía antes ninguna importancia, y así notamos que Heredia, la provincia más acuciosa por la educación de varones, era la que ofrecía peores cifras en cuanto a la del bello sexo.

La enseñanza, no obstante el aliento que le infundía esa medida salvadora, tenía que ser muy imperfecta, si no se ponían en prác-

tica todos los medios llamados a asegurar su eficacia. El Presidente Jiménez, estadista superior, comprendió que escuelas vendrían habiendo cómo pagarlas, pero que no serían sino mediocres en sus efectos, si no se encargaban a maestros competentes. Y de ahí la idea complementaria de fundar una Escuela Normal en donde se pudiesen formar preceptores idóneos y en donde pudiese observarse la aplicación de los sistemas y métodos de enseñanza. El decreto de 10 de noviembre de 1869 la estableció en San José, cuando ya estaba contratado su Director señor Romero.

La Memoria que ese año presentó al Congreso el Ministro de Instrucción Pública don Agapito Jiménez, después de informar que nuestro Plenipotenciario en Europa, don Julián Volio, había sido comisionado para contratar «un Director ilustrado, de recto juicio y sólida piedad para la Escuela Normal», agrega: «Ha de ser ésta un verdadero plantel de maestros, que el Gobierno se cree obligado a cultivar; un establecimiento donde deben formarse los hombres destinados a difundir más adelante la instrucción primaria en toda la República, recibiendo ellos mismos el saber que necesitan y aprendiendo a corregir su propio carácter para enseñar y corregir después a sus discípulos.

Si la instrucción primaria que ha de darse por cuenta del Estado ha de ser sólida, real, positiva y no frívola e insustancial, preciso es que haya verdaderos profesores que sepan distribuirla; y como no los hay, al menos en número suficiente, deben formarse. Sin embargo, el Gobierno no hará esperar la educación de los maestros para plantear las escuelas, porque no debe permitir que los niños de hoy crezcan en la absoluta ignorancia; y ocupará mientras tanto a los más aptos de los que quieran consagrarse a la enseñanza, procurando que ellos mismos adelanten en la carrera que abracen, por las instrucciones de Directores competentes, que deberán establecerse en todas las provincias, como se propone en el plan de ley de bases que os he recomendado».

Lo que llevamos dicho pone en evidencia que el Gobierno de 1869 sabía lo que traía entre manos y quería, una vez atendida la enorme dificultad de los fondos, organizar de modo serio todo el ramo de la enseñanza primaria. Fundar escuelas y hacer maestros: tal fué el propósito primero del Gobierno. Difundir la enseñanza elemental y hacerlo por el órgano de gentes capaces y preparadas para que resultara sólida y eficaz: tal fué su finalidad inmediata. Hacer un pueblo culto y prepararlo para que construyera conscientemente su propia felicidad: tal fué su finalidad última.

Mas no sólo por la primaria trabajó el señor Jiménez. Se propuso asimismo establecer la secundaria en forma satisfactoria, y el efecto hizo venir un cuerpo de profesores, que contrató en España, por medio de don Melitón Luján (antiguo Cónsul español en San José) y abrió el Colegio de San Luis Gonzaga en Cartago, instituto provincial

cuya creación estaba ordenada desde 1842. El país entero sabe que vino entonces el venerable Maestro Doctor Ferraz, y sabe también que por las aulas de ese Colegio, que aún perdura, desfilaron miles de jóvenes costarricenses y de otras nacionalidades, muchos de los cuales han figurado en primera línea en todas las esferas de la actividad. Ese Colegio—que no puedo recordar sin sentir una dulce emoción, como que trae a mi memoria los días felices de mi adolescencia—, fué el primero que se constituyó en Costa Rica en edificio adecuado, con un cuerpo completo de profesores, con suficientes recursos y con un plan fijo y metódico de instrucción. Y todavía el Doctor Ferraz, encorvado de cuerpo, pero joven y esbelto de espíritu, sigue dándonos sus sabias lecciones desde la tribuna de la prensa, que le sirve hoy de Cátedra, obligado como fué por sucesos posteriores a abandonar el campo de la enseñanza.

La nueva orientación de la instrucción popular, que imponía el reciente precepto constitucional y a que obligaba además la creación de Colegios, exigía un retoque general de los estatutos universitarios. El Gobierno lo decretó, así como una ley general de instrucción pública que armonizase todos los planteles educativos. Uno de los puntos salientes de la legislación de ese año en esta materia fué el de asegurar a los maestros de carrera sus puestos, que adquirirían después de oposición, y el de concederles no sólo ventajas, como la de exención del servicio militar, sino también premios y recompensas, según el éxito de su trabajo profesional.

El señor Jiménez, pues, abarcó en sus proyectos de creación y reforma toda la enseñanza.

Por eso, desde 1900, en un estudio que escribí acerca de Municipalidades, expresé este parecer: «El Gobierno Jiménez fué revolucionario en tan importante materia; pero le dedicó tanto empeño, procuró tanto que el país mejorara en ese sentido que, sin faltar a la verdad, puede considerársele como el verdadero fundador de la instrucción pública en Costa Rica».

Aun persisto en esta opinión.

Bien sé que ese título se le atribuye por las nuevas generaciones al que con razón han dado en llamar EL MAESTRO. Ello obedece a lo que dije antes, esto es, a que, aunque nuestra historia es corta, aun está por escribir; y así los jóvenes no están enterados, o no lo están bien, de los sucesos de otros tiempos, que va ocultando y cubriendo la pertinaz e invasora yedra del olvido. Apenas si se conocen *grosso modo* los acontecimientos políticos de gran bulto. De la organización y marcha económica y financiera, del desarrollo de la agricultura y del

comercio, del movimiento de las industrias, de la transformación sucesiva de las instituciones, del proceso evolutivo de la enseñanza y de las ideas, en fin de lo que es hoy tenido como aspectos más importantes de la historia, poco se estudia y por lo tanto mucho se ignora.

Lejos de mi ánimo desconocer los altos merecimientos de nuestro recordado don Mauro. ¿Cómo podría desconocerlos, ni por qué había de desconocerlos quien fué su admirador y su amigo? El trato íntimo que con él tuve en las épocas de vida política y profesional, en que caminamos brazo a brazo, el cariñoso afecto que me dispensó y el respetuoso afecto que le profesé, serían parte más bien para sentir, como siento, infinita satisfacción en proclamar sus méritos y en realzar el nimbo que orla su simpática figura.

No, don Mauro tiene sobrada gloria para que vayamos, por ensalzarlo como es de justicia, a amenguar y menos a negar la de quienes le precedieron. Don Mauro, no fué el fundador, pero sí el reorganizador de la enseñanza primaria y secundaria, y eso es ya por sí sólo ejecutoria para que su nombre quede eternamente unido al de esta amada Costa Rica.

No: Jiménez y Fernández no se hacen sombra el uno al otro. Más que rivales son dos aliados que colaboraron a distancia por el bienestar de su Patria común. Ambos comprendieron que pueblos modernos gobernados democráticamente, no pueden vivir en la ignorancia, porque ésta trae como acompañante necesaria una perpetua tutela; y ambos anhelaban llevar la antorcha de la instrucción a todos los ámbitos de la República y hacer por ese medio ciudadanos útiles y participantes conscientes del gobierno.

Son ellos dos, sin duda alguna, los que más han hecho en beneficio de la enseñanza popular, sin que por eso sea permitido desconocer que, dichosamente, todas las Administraciones habidas han mirado este ramo con marcado interés y a veces con particular predilección.

La diferencia entre estos dos esclarecidos estadistas consiste en que don Mauro, más afortunado que su antecesor, fué con calma corrigiendo y puliendo su obra y saboreando sus frutos; en tanto que el señor Jiménez, apenas echados los cimientos de su vasto plan, fué derrocado violentamente del Poder y apartado del manejo de los negocios públicos, al cual jamás quiso volver aunque solicitado en varias ocasiones. Las decepciones corrientes, iba a decir naturales, de quien se ha hallado al frente de un gobierno del tipo del nuestro depositaron en su corazón tal sedimento de amargura que, no pudiendo sentir estima por sus conciudadanos creyó más sabio retirarse de su trato y abandonar casi totalmente el *mundanal ruido*.

Con todo, si otras causas no hubiera para recordar su nombre, con grata veneración, el sólo hecho de haber impartido nueva y fecunda vida a la instrucción pública nacional obliga a Costa Rica a contarle entre sus bienhechores e hijos beneméritos.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

* * *

Pero sí realizó el Presidente Jiménez otras empresas de grande alcance para el progreso de su país.

Apenas las mencionaré, porque esta carta va tomando mucha extensión, y he tocado ya el punto concreto sobre que Ud. me ha pedido un comentario.

Escuelas y Caminos: tal es la síntesis de la gestión del señor Jiménez. Es decir, sembrar en los jóvenes espíritus la instrucción, sobre que se apoya y funda el progreso moral e intelectual, y fomentar vías de comunicación, que alimentan y vivifican el progreso material y la riqueza pública.

El Presidente Jiménez sintió orgullo en preparar y mantener como para coche la carretera que unía a la vieja capital con el activo puerto de Puntarenas, entonces arteria única del comercio importador y exportador y se afaná además por abrir el suspirado camino al Norte, desiderátum de todos los mandatarios habidos y en especial del gran Carrillo. Escogió el puerto de Limón como punto terminal de la vía y puso las primeras bases de esta importante población. Hizo venir dos ingenieros americanos para el estudio y localización del camino y empezó a construir la carretera, con la ayuda del Director de Obras Públicas don Francisco Kurtze, hombre de larga experiencia y de extensos conocimientos. En su segunda administración contrató con un grupo de capitalistas americanos un ferrocarril interoceánico por el precio alzado de diez millones de dólares.

Fundó otra institución de beneficios incalculables: el Registro Público, bajo el método prusiano. No he de encarecer la importancia de este centro, piedra angular de nuestro régimen de propiedad raíz, porque el gran público se da cuenta cabal de ella.

En el orden político, hay algo de que los jóvenes no pueden tener cabal idea y que debemos los ciudadanos costarricenses asentar al haber del señor Jiménez.—Aniquiló el pretorianismo.—Después de 1869 hemos tenido mandatarios de tipo militar y que han gobernado sin importarles un ardite la opinión pública, pero ya los jefes titulares del gobierno mandaban de veras y hacían su santa voluntad, sin tener que bailar en una cuerda floja, humillante y vergonzosa. El Presidente Jiménez puso fin al sistema que imperó aquí por largos años y ya no fué fácil que la suerte de los Presidentes estuviese a merced de la rivalidad o inteligencias de los comandantes de cuartel. La fuerza militar desde entonces ha estado bajo la dirección del Jefe del Ejecutivo, y para deshacerse de un gobierno ha tenido que echarse encima una responsabilidad directa.

En lo Internacional no hemos de olvidar el episodio de 1865, o sea el asilo concedido al General don Gerardo Barrios. Ocioso sería traer a cuento los detalles de un suceso de tamaña magnitud, que ningún centroamericano ignora. Baste recordar que en esa ocasión, el Gobierno de Costa Rica mantuvo el principio de hospitalidad que hacía de

esta tierra un refugio saguro para todos los emigrados centroamericanos, y acogió a un hombre ilustre perseguido y acosado por la cuádruple alianza, prefiriendo, antes que violar las tradiciones y rechazarlo del suelo nacional, exponerse a la lucha con las demás repúblicas de Centro América, tres de las cuales cortaron con nosotros las relaciones oficiales y de comercio. El Presidente Jiménez, en un consejo inolvidable, impuso su criterio y nuestra bandera no sufrió ningún desdoro en tan crítico minuto. ¡Cuánto contrasta esta noble y generosa conducta con la que observó nuestra vecina al entregar al mismo General Barrios, caído en su poder por arribada forzosa, para que el odio implacable del indio Carrera, heredado en esos días por el Mariscal Cerna y la hipócrita crueldad del Fraile Dueñas llevasen al patíbulo al entonces caudillo del Unionismo!

Tales son los eminentes servicios que prestó el Presidente Jiménez.

Fué además de una corrección inmaculada en cuanto a manejo de caudales; y en el juicio de residencia que intentó seguir contra él la Convención Nacional de 1870, integrada por enemigos suyos, los más rabiosos, no encontraron ni sombra de mérito para una acusación fundada de peculado o de malversación: los capítulos de cargo fueron de orden político especialmente. La honradez del señor Jiménez, podía resistir la más escrupulosa investigación, pero era poco piadoso cebarse en un hombre caído y así el juicio resultaba injusto e impopular. Tanto que el General Guardia, en parte por magnanimidad, que sí tenía, en parte por dar campo a sus proyectos ambiciosos, y en parte también por satisfacer a los pueblos indignados, disolvió aquella convención, que locamente trataba de parodiar a la francesa y absorber todos los poderes.

¡Que el Presidente Jiménez disolvió un Congreso, que sacó a un diputado del recinto legislativo y que en general fué gobernante de puño cerrado! Ciertamente es, pero tales cargos, aunque no pueden justificarse, sí deben encontrar excusa ante la posteridad. Los tiempos eran de organización, las costumbres de humildad y mansedumbre en los gobernados y de dureza e imperio en los gobernantes, y el concepto de autoridad tenía muchos codos por encima del de libertades y garantías. Los ejemplos habidos antes no eran por lo común para exigir en el

Ejecutivo un severo respeto de la ley constitutiva. Aun después pocos son los mandatarios que pudieran tirar al señor Jiménez la primera piedra. La libertad no ha sido planta que haya arraigado honda y definitivamente en nuestro suelo, y la ha habido cuando los Presidentes, por sus convicciones y carácter, han permitido que exista y brille. Pero la libertad no será efectiva sino cuando los pueblos no se contenten con recibirla como merced, sino que la reclamen y amparen como amparan y reclaman sus propiedades. Hubo unos cuantos años en que pudimos creer consolidadas entre nosotros las de prensa, de reunión y de sufragio. Pues si hoy no lo están todavía, cuando está propagada la instrucción, cuando los ciudadanos conocen sus deberes y derechos, cuando se ha predicado por elocuentes tribunos en todas las plazas públicas y se han ofrecido y prometido en todos los tonos a cambio de votos, cuando el gobierno democrático amplía su radio de acción a mundos que parecían perpetuamente destinados a ser presa de la tiranía ¿cómo hemos de marcar la frente de los que nos gobernaron hace medio siglo o más con el estigma de autoritarios?

A los mandatarios de esa época lejana pidámosles que nos hayan dejado obras de sustancia, que nos hayan legado ejemplos de patriotismo, que nos hayan enseñado lecciones de honradez. No les exijamos que gobernarán con las ideas y con las aspiraciones de hoy.

Fundado en estas consideraciones, no siento escrúpulo alguno para invocar el espíritu del acusado y decirle, en nombre y como parte de las actuales generaciones, que afean tantas culpas y que son ya para él, los albores de la posteridad; con la balanza de la justicia en las manos y ante la imagen agradecida y piadosa de la Patria:—PRESIDENTE JIMÉNEZ, por tus capitales obras de progreso, por tu acendrado amor a Costa Rica, por tu pureza administrativa, por tus otras excelsas virtudes públicas y privadas, de esos pecados que te echan en cara, *ego te absolvo*.

Afectuosamente,

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ
Ilustre Ex-Presidente
de Costa Rica.

(*Dos Próceres*, 1918).

Noticiario

(1923)

Jueves 21 de junio de 1923.—Llega don Jacinto Benavente a la capital de Costa Rica con una Compañía de Alta Comedia.

Los españoles residentes en San José, que son muchos, una rica y respetable y laboriosa colonia, acuerdan:

1º—Que una delegación de la colonia lo reciba en Puntarenas;

2º—Declararlo huésped de honor de la colonia;

3º—Cierre del comercio español a la hora en que llegue a esta capital;

4º—Que la colonia, en cuerpo, lo reciba a su llegada a la estación de San José y lo acompañe hasta su alojamiento;

5º—Una recepción en su honor, y entrega, entonces, de un recuerdo de la colonia.

La Compañía se estrenará con esta comedia de Benavente: *El mal que nos hacen*.

Dos abonos ha abierto la Compañía: Uno a seis funciones; otro a tres conferencias de Benavente, que son:

- a) Filosofía de la moda;
- b) La moral en el teatro;
- c) Las mujeres de Shakespeare.

Saludamos respetuosamente al señor Benavente y le deseamos lo usual en estos casos: éxito completo.

En el N° 6353 del *A B C*, de Madrid, con fecha 16 de mayo de 1923, el admirable catalán Eugenio D'Ors ha comenzado a colaborar en el citado diario. Reproducimos hoy sus primeras «Glosas» publicadas en *A B C*; cuyos lectores, en las cuatro Españas, tienen motivos de sobra para regocijarse con tal colaboración.

Hemos recibido el N° 1 del *Boletín* de la Subsecretaría de Higiene y Salud Pública. Bienvenida esta publicación, que hacía falta. Esta publicación es de las que construyen para el porvenir. Los datos se van acumulando y es material, ese, con que los estudiosos trabajarán más tarde. Secciones de la Revista que nos ocupa:

Departamento de Ankylostomiasis, Departamento Sanitario Escolar, Clínica Infantil, Servicio de asistencia pública, Investigaciones de nuestros médicos.

Varios días ha estado con nosotros don Miguel Triana, autor de *La civilización Chibcha*, (1) obra de investigaciones arqueológicas colombianas, en que el autor revela estudios largos y profundos. Tres son las partes de la obra: «Sociología prehistórica», «Capacidad industrial», «Señales de cultura mental». En nuestra Biblioteca Nacional está la obra del señor Triana a disposición de los estudiosos.

De la Secretaría de Industria y Comercio, de México, hemos tenido la fortuna de recibir la obra del doctor Atl titulada *Las artes populares en México*, segunda edición, en dos volúmenes considerables, primorosamente ilustrados. Editorial CULTURA, México, MCMXXII.

Es una obra cuya publicación honra al Gobierno que la ha patrocinado y al país de cuya avanzada cultura artística e industrial es un bello y halagüeño exponente. En la introducción a la obra se dice de ésta que «constituye el homenaje oficial del Gobierno de la República al ingenio y a la habilidad del pueblo de México».

También se dice: «La idea de escribir una monografía dedicada al estudio de las industrias autóctonas mexicanas, fué concebida por el señor Ing. Alberto J. Pani, Secretario de Relaciones Exteriores». «El C. Presidente de la República acogió con beneplácito la excitativa, considerando del más alto inte-

rés exponer la importancia de nuestras Artes vernáculas, las que, sin duda alguna, constituyen una de las manifestaciones más características de la manera de ser del pueblo mexicano». Por muchos motivos puede asegurarse que el Gobierno del general Obregón es uno de los mejor inspirados y orientados que hoy tenemos en América.

La obra está organizada cabalmente, ejemplarmente. ¿Cuándo los gobiernos de otros países de América harán algo parecido con las artes populares actuales de los pueblos que gobiernan? Es más ¿se habrán dado cuenta algunos gobernantes de América de que en sus pueblos hay artes vernaculares? Las artes populares de la obra comprenden las artísticas y las industriales, como las literarias y musicales. Unas son autóctonas, otras importadas, que han adquirido el sello peculiar de las razas indígenas mexicanas. Tienen cabida en el libro de que nos ocupamos: La alfarería, Alfarería ritual, Los juguetes, La orfebrería, Tejidos de tule y de palma, Mosaicos de pluma, Objetos de mimbre, otate, carrizo y raíces, Hilados, tejidos, deshildados, Utensilios de madera, Muebles, La arquitectura, La pintura, El arte de decir, El teatro, Literatura, Poesía, Estampería, La música, Las lacas, La charrería y la talabartería.

Como se ve, se trata de un libro interesantísimo y ejemplar.

¿Quisiera alguno de nuestros jóvenes estudiosos y capaces examinarlo y hallar en él inspiración y hacer algo parecido pensando en Costa Rica, la patria de sus amores?

Por primera vez en España, una mujer ha obtenido una cátedra en oposición. La ganó la señorita María Luisa Dorado. La cátedra es de Instituto y de Latín. La señorita Dorado es hija del gran penalista don Pedro Dorado Montero, profesor que fué de la Universidad de Salamanca.

El 5 de mayo del año en curso el Ayuntamiento de Madrid designó para el cargo de cronista de Madrid al conocido escritor Pedro de Répide, autor de «El Madrid de los abuelos», «Del Rastro a Maravillas», y otras producciones.

Y esto, que nos llega como colaboración anónima y apreciable:

EL PROBLEMA NACIONAL

En estos momentos, en que la mirada de los ciudadanos costarricenses escudriña atentamente las figuras que aparecen como candidatos a la Presidencia de la República, momentos en que cada cual, con el patriotismo de que es capaz, discute los problemas actuales, ya sean éstos económicos, sociales, políticos o educacionales, surge una pregunta,—que a veces toma el carácter de un clamor,—acerca del origen del mal reinante, mal encarnado en las masas, y que consiste en la poca plasticidad del medio, en la indiferencia cuasi general por las cosas públicas, en la a veces sistemática oposición a un gobierno, que lo hace ser infecundo y en la

poca eficacia de nuestros hombres de estado, algunos de los cuales, siendo los más altos exponentes del pensamiento, no han logrado encarrilar el país eficientemente.

Ante tan tremenda observación, la mirada serena del hombre de estudio se torna hacia la escuela, que es, seguramente, la llamada a formar la prosperidad de la patria futura, ya que la escuela del pasado, no pudo engrandecer la patria presente, como era de desearse; y esto porque los maestros no supieron, o no pudieron, por dificultades diversas,—que no es del caso examinar,—formar de sus jóvenes discípulos los ciudadanos modelos. Por ahora, a los educadores actuales les incumbe, de manera directa y trascendental, hacerse cargo del problema gravísimo de la formación del ciudadano, y afrontarlo resueltamente, con fe profunda en el éxito.

No puede, sin embargo, dejar de reconocerse que, desde 1842 hasta el año presente, ha habido un adelanto considerable en la educación nacional, según se observa comparando las estadísticas; pero no es el anhelo actual, poder solamente decir que Costa Rica cuenta con un porcentaje más pequeño de analfabetos. Es necesario que la escuela forme el verdadero ciudadano; y para eso, es indispensable que la Escuela Normal, centro motor de nuestro porvenir, prepare falanges de maestros idóneos; a la Escuela Normal, corresponde, en primer término, esa importante labor, y el apoyo que a ella se le dispense, es el mejor galardón de un gobierno.

El problema nacional es problema individual; de ahí que, cultivando a las personas, se mejore la comunidad; habiendo así más discernimiento en la elección, encontrando entonces el elegido ambiente propicio a sus concepciones y dando por resultado esta tarea la armonía social comprensiva, base de prosperidad.

Mientras la razón no sea el credo de la mayoría, las minorías más astutas gobernarán a su antojo. Sólo la cultura, que da el sentimiento de la responsabilidad, puede mejorar a los hombres, y con ellos a la República.

Una vez que Costa Rica,—como todo otro país,—haya educado a las masas, una vez que cada individuo sea persona consciente de su deber y ejercite en debida forma su derecho, entonces podremos decir, con verdad, que están tendidos los rieles para el carro del progreso, y que puede llamarse nuestra patria la «Suiza Centroamericana».

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

(1) Librería Santa Fe, Bogotá, 1923.

Declaraciones del Club Centroamericano en México

EL «Club Centroamericano en México» hace las siguientes declaraciones e invita a toda la juventud centroamericana residente en todas partes a que las suscriba. Con este fin, se harán copias de estas declaraciones y se enviarán donde quiera que se sepa que hay un centroamericano joven.

DECLARACIONES:

1ª La juventud centroamericana declara abolidos los sentimientos localistas que, fomentados por políticos perversos y ayudados por la vanidad de los pueblos y por su ignorancia, han creado dentro de los Estados centroamericanos, rencores, odios, envidias y toda suerte de pasiones mezquinas entre ciudad y ciudad, entre sección y sección de los Estados.

2ª La juventud centroamericana declara que Centro América está de tal manera constituida y sus intereses, especialmente los morales, están de tal modo ligados, que en realidad Centro América ya está y siempre ha estado unida y sólo le falta hacer esa unión efectiva bajo un solo gobierno.

3ª Para hacer efectiva esa unión innegable,—ideal cuyos méritos son tan admitidos que no es necesario repetirlos—la juventud centroamericana declara que está dispuesta a sacrificar su vida por la unión de Centro América.

4ª La juventud centroamericana declara que a ella y no a ningún gobierno extraño, cualesquiera que sean sus fuerzas, le toca forjar el futuro de Centro América. Así define la juventud centroamericana la libertad de su patria y está dispuesta a sacrificar todo lo que tiene, todo lo que es, alma, cuerpo y haberes, en aras de esa libertad.

5ª La juventud centroamericana declara que todo partido político o gobierno centroamericano que posponga los ideales centroamericanos a la conveniencia de cualquier país extraño, es un partido o un gobierno traidor.

6ª La juventud centroamericana señala a los gobiernos centroamericanos el alto ejemplo del Gobierno Constitucional de la República Dominicana de 1916 y declara que, lejos de sucumbir, Centro América se enaltecerá como se enalteció Santo Domingo, no acatando imposición extranjera.

7ª La juventud centroamericana declara que los partidos políticos que dividen a los centroamericanos, son falsos hasta para con los mismos principios que proclaman y que, por tanto, se desliga de ellos de la manera más completa.

8ª La juventud centroamericana declara traidores a todos los miembros de un partido político cualquiera que, para triunfar sobre otro u otros partidos pida o acepte ayuda extranjera.

9ª La juventud centroamericana declara traidor a todo gobierno que se imponga a la voluntad del pueblo con apoyo extranjero; entendiéndose por extranjero a todo lo no centroamericano.

10ª La juventud centroamericana declara que no tomará parte bajo ninguna forma en la política interior de ningún país que no sea Centro América.

11ª La juventud centroamericana declara imperiosa la necesidad de una nueva supremacía social en Centro América, que se base en el servicio social y no en ridículos pergaminos ni en pretensiones de capitalismo.

12ª La juventud centroamericana declara deber máximo de todo centroamericano amar y honrar a Centro América, trabajando por ella.

13ª La juventud centroamericana declara traidor a todo joven centroamericano en país extranjero que de hecho o por palabra o de cualquiera otra manera demuestre que no tiene amor patrio, que la suerte de la patria le es indiferente o que renuncia a laborar en el sentido de estas declaraciones.

14ª La juventud centroamericana declara enemigos de la patria a los fabricantes y expendedores—con tendencias a fomentar el vicio—de bebidas alcohólicas y de drogas heroicas, a los dueños de casas de juego, a los escritores, editores y vendedores de libros sicalípticos y a los traficantes en prostitución, a los usureros y, en general, a los explotadores de las debilidades y necesidades humanas.

15ª La juventud centroamericana hace suyas en todo las resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes de México de 1921, en el que los estudiantes centroamericanos tuvieron amplia representación. (1)

16ª La juventud centroamericana declara deber suyo desalfabetizar completamente a Centro América y en este sentido se consagrará a realizar allí una extensa obra educativa por todos los medios que estén a su alcance.

17ª La juventud centroamericana declara que es deber imperativo de todo centroamericano preocuparse por la regeneración de la patria por encima de sus intereses personales y aun cuando su obra en pro de esa regeneración sea perjudicial a esos intereses.

18ª La juventud centroamericana declara que siendo Centro América por su posición geográfica porción importantísima de la América Latina, por cuya libertad, solidaridad y bienestar están todas las naciones latino-americanas obligadas a esforzarse, se aceptará de esas naciones cuanta ayuda moral o material se logre obtener para poder hacer labor efectiva, basada en estas declaraciones, siempre que no se contravenga ninguna de ellas.

Rogelio de la Selva, Presidente; Martín Paz, Vicepresidente; Rigoberto Alvarez Berrocal, vocal; Héctor César Serrato, vocal; Benjamín Escobar, vocal; Miguel Díaz Valdés, vocal; Andrés García, vocal; Héctor Escobar Serrano, Tesorero; Antonio Zamora, Secretario; José Angel Ulloa, 2º Secretario; Víctor Manuel Mercado, Fiscal.

Julio C. Montes Z., Francisco L. Osegueda H., Félix Gómez y Gómez, Enrique Galindo, Gregorio Mejía J., Antonio Dubón, R. Martínez F., Santiago Buck, Ladislao Santos, Humberto H. Rosalés, J. H. Viana, Antonio Miranda, Concepción Palacios, Florencio Valle, Cristóbal Prat C., José Mejía H., Roberto de la Selva, Efraín Contreras, Virgilio Godoy, Narciso R. Aguilar, Alfredo Méndez Z., Jorge Zárate, Celso Miranda Matus, Rodolfo Otero, Ramón Alegría, A. Cifuentes, Alberto Ramos, Heriberto Mejía, Salomón de la Selva, Efraín Cobar L., Alfredo Gálvez Suárez, Alirio Cornejo, Jacinto Jiménez M., Carlos Zamora, Antonio R. Amaya L., Raúl Contreras, Juan B. Mendoza, Carlos J. Baradona, G. Carrasco.

Invitación al fastidio

De las «Cartas a la Amazona» de Remy de Gourmont.

AMIGA mía, antes de que yo hubiera dado un título a cada una de estas cartas (he esperado para hacerlo a que tomaran la forma de uno de esos libros

(1) Véanse estas declaraciones en el REPERTORIO AMERICANO N° 27 del tomo III.

que van a vuestros armarios o a vuestros cofres, infierno o paraíso) ya deseaba llamar a ésta: *Invitación al fastidio*. Sois vos quien me lo sugiriera indirectamente al celebrar mis pensamientos sobre el fastidio. Decíais: ¡qué contenta estoy de que hayáis rehabili-

tado el fastidio! No sé si algunas pequeñas reflexiones inocentes y muy sinceras habrían bastado para ello, pero sino he alcanzado el espíritu de la mayoría de las gentes, he conmovido el vuestro y esto me basta. Quizá habría valido mas no insistir y contentarme con estas modestas exclamaciones brotadas de un corazón reconocido con el fastidio por haberle revelado su valor y su belleza, pero yo, que no obedezco más que a mi capricho, quiero obedecer también al más oscuro de vuestros deseos. Es difícil hablar del fastidio sin ser aburrido, pues no escribo sino para vos, ¡ay! y pocas personas participan de nuestro gusto por esta forma de la vida interior y secreta.

El fastidio que canto no es el fastidio de ojos mortecinos y rostro sombrío. Es sonriente. Mira la vida y la vida le mira. Sentados frente a frente, y a veces uno al lado del otro y a veces la mano en la mano, escuchan los pensamientos que no profieren, confundidos en los deseos cuyo ritmo es regular como el de un corazón sano. Figuraos esta imagen dibujada por un viejo pintor del tiempo en que los pintores tenían ideas. Representaos masculinizada la Melancolía de Alberto Durer, con los ojos menos extraviados, sentada cerca de una magnífica compañera de la que se adivina que encierra bajo el velo de su traje y el velo de su carne, el secreto de todas las alegrías vanas por ser demasiado reales, esto es, fugitivas. Permanecerán así largo rato, no siempre: lo suficiente para que el fastidio sonría al fin a los atractivos de la vida y para que, desaparecida la visión, él conserve la actitud que ella le impusiera. Entonces él se sumerge en sí mismo y se embriaga de sí mismo cuando descendido al fondo del golfo, recorre sus pensamientos.

Pero ya no estamos en los tiempos de la pintura alegórica, los espíritus demasiado perezosos no tienen ya la paciencia de penetrarla y no reflexionando no la comprenden. Hay que hacerlos entrar lentamente en el jardín bien trazado y lanzarlos de un golpe en el juego de la sensación. El fastidio no es un sentimiento delicioso. Es un sentimiento desnudo, tal cual lo concibo y tal como me gusta el contacto. Se siente allí la vida despojada de todas sus galas, reducida a sí misma, a sus solos encantos que se reducen a éste: ser.

Trato aun de explicar que hay que saber gustar la vida pura, disociada de la idea de dicha; quimera que echa a perder los mejores momentos, que nos saca a cada instante fuera de nosotros mismos y nos deja a merced de cualquier ironía que nos la pro-

mete. Ironía que ni siquiera nos engaña más de un instante y de la cual la menor experiencia de vivir nos muestra la crueldad; sin embargo, basta para enmascaramos la vida verdadera que no es más que el sentimiento de nosotros mismos, el sentimiento de nuestra disipación ante la permanencia de las cosas.

Es precisamente para escapar a esta huída lenta y segura de nuestra vida por lo que nos asimos a la cabellera del río, pero las ramas débiles del sauce o las frágiles del álamo, ceden y descienden con nosotros, que nos agotamos a menudo por el esfuerzo y nos ahogamos más ligero.

¡Ah! Cuánto mejor, acostados en la barca del fastidio, dejarnos llevar por la corriente y seguirla con majestad y deslizarse con realeza hacia el abismo, a lo largo de las riberas de donde sube hacia nuestros ojos, un deseo, en ocasiones una mirada, siempre un perfume. Mas si es inútil luchar voluntariamente contra la corriente ineluctable, el fastidio aprovecha con delicia sus paradas, sus escalas en las bahías y en las ensenadas para recoger allí placeres con que se entretiene en momentos inesperados. Nada predispone a los placeres profundos como el profundo fastidio que no desea otros, y que huye con cuidado de los placeres mediocres de que está sembrada la vida. El fastidio no es la escuela del suicidio, al cual su práctica constante lo llevaría infaliblemente. Acepta las diversiones necesarias a la naturaleza humana; encuentra allí nuevas fuerzas para ejercitar su fantasía, que sin ello se convertiría en marasmo. El hombre no está hecho para la continuidad y no puede gozar sino un rato de la plenitud.

Pero me doy cuenta, amiga mía, de que al tratar de describirnos el fastidio, caigo, a pesar mío, en la pintura de la felicidad, de tal manera tenemos en la cabeza su dibujo y sus colores. Reconced a lo menos que el estado que os propongo (como si no lo conociérais tan bien como yo) no tiene nada de común con el beato contentamiento de los tontos ni con el placer brusco de los imbéciles. El fastidio se conoce y se conoce como tal.

Hasta se confiesa con orgullo. No bosteza ni suspira. No estira los brazos, sino que los mantiene cerrados y apretados como resortes para arrojarlos al cuello del placer que pasa y que agotará si el placer es el más débil. Hay mucha animalidad en él y como los animales más fuertes, sabe esperar. Es que el fastidio no se aburre consigo mismo. Tiene una actividad interior enorme que no se desarrolla bien sino en la soledad. Por lo demás no se com-

place más que allí y se encoleriza de ser llevado a las diversiones vulgares.

¿Os acordáis de un cuento de hadas en el que la joven princesa ha recibido de su madrina una sortija cuyo engarce le maltrata el dedo y se le hunde en la carne cuando ella va a cometer un acto prohibido? Vos poséis un anillo semejante, un anillo de piedra sombría y azul, que un día os metió el fastidio y que aceptasteis sonriendo como un anillo de compromiso matrimonial. Pero os había prevenido que si dilapidabáis los tesoros de soledad amontonados por él en nuestro corazón, el engarce maltrataría vuestro dedo hasta hacerlo sangrar. ¿No habéis sentido nunca la punta terrible y milagrosa? Eso me admiraría bastante, pues el fastidio es un amigo celoso y que no gusta de que se le arrastre entre medios indignos de su majestad. ¿No?

Mostrad vuestro dedo para besar la marca de las punzadas, porque sé que las hay. Sí, el fastidio es un gran tirano. No hay que obedecerle siempre. Si se le escuchase, se terminaría por vivir solo con él, lejos de los hombres, y una mujer en verdad no está hecha para tanta soledad, ya que debe agradar, ya que debe ser bella. Es preciso que una mujer salga de su casa y de ella misma para que podamos encontrarla y amarla.

¡Ah! y en tanto que se ama, ya no hay más fastidio. Resignado desaparece, se oculta atisbando con el rabo del ojo, tras una cortina, a que vuelva su hora. Esta vuelve siempre:

*La trigésima vuelve... Aún más
es la primera;
es siempre la única...*

Es aquella en que se sueña en todo lo que no es, en todo lo que es imposible, en lo absurdo, en lo informulado. ¡Cuán dulcemente pasan sus minutos! Se les siente vivir, se les siente morir uno a uno, se les ve tomar, para caer en la nada, tan lindas poses replegadas y resignadas! Se muere un poco con ellas, se muere con la conciencia de vivir y de vivir inútilmente, lo cual es vivir dos veces. En esos momentos, mi amiga, casi tengo miedo de vuestro pensamiento. Produce en el silencio una música netamente dibujada, muy luminosa y muy cristalina. A decir verdad, no hay fastidio compatible con ella. El fastidio viene cuando no estáis presente o evocada. Pero si tengo la facultad de evocar los seres que amo, el encanto no se logra siempre. Sombra rebelde, me dejais solo conmigo mismo. En tales días, quizá mi fastidio es más profundo, demasiado profundo.

(Trad. y envío de C. LIRA)